

# Voces que cuentan

Antología de escritoras y escritores  
universitarios



PROYECTO EDITORIAL  
CINCUENTA para el 50

COLECCIÓN  
VOCES QUE  
CUENTAN



# Voces que cuentan

Antología de escritoras y escritores  
universitarios



# Voces que cuentan

Antología de escritoras y escritores  
universitarios





**Dr. Carlos F. Natarén Nandayapa**  
RECTOR

**Dra. María Eugenia Culebro Mandujano**  
SECRETARIA GENERAL

**Dr. Oel García Estrada**  
SUBSECRETARIO DE IDENTIDAD Y RESPONSABILIDAD SOCIAL UNIVERSITARIA

**Mtro. Gabriel Velázquez Toledo**  
DIRECTOR EDITORIAL

*Voces que cuentan: antología de escritoras y escritores universitarios*

Es una recopilación de textos hechos por estudiantes y miembros de la comunidad de la Universidad Autónoma de Chiapas, bajo la colección “Voces que cuentan”.

Editada de forma digital por la Universidad Autónoma de Chiapas.

Dirección editorial: Mtro. Gabriel Velázquez Toledo

Corrección de estilo: Sergio Omar Pérez Méndez

Diseño de portada: Sergio Omar Pérez Méndez

ISBN (voces que cuentan): 978-607-561-197-6

ISBN (Volumen):

1ª. Edición 2024



D.R. © Universidad Autónoma de Chiapas  
Boulevard Belisario Domínguez km 1081, sin número  
Terán, C.P. 29050, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Editada en México.

# Índice

## INTRODUCCIÓN

## POESÍA

### CARLOS HIBRAJIM ARROYO PLATERO

CANTARES DE LAS OLAS

### ÁNGEL CRISTÓBAL LÓPEZ ESTRADA

MISFORTUNIO

AUTODESPRECIO

COMPañÍA (AUSENCIA)

### MIRANDA BELÉN HIGAREDA PÉREZ

TINTA NÓMADA

ENTRAR A TU VIDA

### JOSUÉ CALEB CAHUARÉ GUTIÉRREZ

FÁBULA DEL COLIBRÍ Y LA FLOR

EL CHANTÉ DE FLOR ROSADA

\*

POEMA XII

EN RUINAS

CANCIONCILLA MARINA IV

### XOCHITL KENIA ROBLERO ROBLERO

EL JARDÍN DE LA MEMORIA

MI HÉROE

RAYITO DE LUZ

ESENCIA DE PAZ

ROBLEROSQUAD

### DIEGO CIGARROA ESCOBAR

LAS ROSAS SON ROJAS

SIN PUERTA

ROJO

### JORGE DANIEL GORDILLO YÁÑEZ

RESPUESTA A "NOLI ME TANGERE"

STIGMATA

ALGUNA TRISTÍSIMA NOCHE

CONTRA EL CHOVINISMO

EL CORAZÓN DEL MUNDO

### CARLOS DARINEL DE LA CRUZ GARCÍA

ESTO NO ES POESÍA

TRES HAIKUS  
MAL CUERPO  
LA ÚLTIMA TARDE

**MAR. L. ÁLVAREZ**

Caída  
CORRIENTE TRASLÚCIDA  
MIS HORAS HAN SIDO ESCRITAS

**JOSÉ ZENTENO AGUILAR**

LAS MIRADAS DE LOS HÉROES  
CANDY, CANDY

**KAREN OSEGUERA**

LA VERDADERA MENTIRA  
07  
¿AMOR?

**NÉSTOR EMMANUEL PÉREZ RÍOS**

ROJO, VERDE, ÁMBAR  
ESTA NOCHE MALDITA  
MI ALMA  
JUNTOS SOMOS TODOS  
BAJO LA MISERIA

**CUENTOS**

**GUADALUPE ELIZABETH GUERRERO PÉREZ**

ALLÁ LEJITOS DE MI PUEBLO  
ESTO NO TIENE NOMBRE

**VÍCTOR MANUEL LIÉVANO MORALES**

COMO LORO ENJAULADO

**HANNIA ELIZABETH GUZMÁN MOLINA**

HASTA QUE LOS PÁJAROS DEJEN DE CANTAR

**ALEJANDRA JAZMÍN SÁNCHEZ PÉREZ**

COTARD

**JAIME GUSTAVO GÓMEZ VELÁZQUEZ**

APUNTES DE UNA TERMINAL  
LAS COSAS QUE SUENAN EN LA MEMORIA

**MIRANDA BELÉN HIGAREDA PÉREZ**

AMELIA

**SEBASTIÁN SARMIENTO PALACIOS**

DE INTENCIONES REPRODUCTIVAS

HANNIA ISABEL JUÁREZ PÉREZ

LUNA DE CIERVO

**IVÁN ARÓZQUETA**

NO ME IMPORTA QUE TE IMPORTE EL HUMO DEL CIGARRO

**CARLOS IVÁN LAPARRA VÁZQUEZ**

SIN ROCÍO

**STEVE FRANCISCO HERNÁNDEZ GÓMEZ**

EL RELATO DEL ÚLTIMO

**LIS MAR**

DESAYUNO EN LA CAMA

MINERÍA MENTAL

**SERGIO OMAR PÉREZ MÉNDEZ**

UNA LÍNEA DELGADA

# Introducción

*Voces que cuentan* es una antología de escritoras y escritores universitarios en donde se reúne a una nueva generación de autores, cada uno con un estilo particular, identificados por ser parte de la Universidad Autónoma de Chiapas, así como por su pasión por las letras. Todos ellos pertenecen a diversas generaciones, a distintas licenciaturas, algunos aún con sus estudios en proceso, pero también egresados que mantienen estrecha relación con su casa de estudios a pesar del camino que la vida les ha deparado, forman así una comunidad que perdura y se relaciona a través del tiempo

Este libro fue pensado con la intención de incluirlo en la celebración de los cincuenta años de la Universidad Autónoma de Chiapas, para lo cual se convocó a la comunidad universitaria a participar con obras originales, esto demuestra la contribución activa de los que conforman la institución y de ésta para con sus miembros al promocionar y exponer a una esta generación de escritores que comienzan con su andar en el arte de las letras, así como propiciar una base para su desarrollo artístico.

También, esta obra tiene el designio de servir como ejemplo, base e inspiración para aquellos que por diversas situaciones no fueron partícipes de esta edición, así al leer a sus compañeros se animen a contribuir para futuros proyectos, pues aún queda mucho talento por descubrir y demostrar las capacidades que poseen, para que cada vez sean más los nombres plasmados en las antologías.

Este libro contiene dos partes. La primera se centra en la poesía, aquí veremos una reunión de estilos, desde los clásicos en forma de romances, sonetos o haikús, hasta algunos más actuales

como nocturnos y el infaltable verso libre. Se plasman en ellos imágenes ricas en significados, reflejos de un vasto imaginario por parte de sus autores, así como del amplio bagaje artístico que pueden manejarse dentro de la poesía para no quedarse con la idea de sólo un estilo dominante.

Además, vale la pena aclarar, en cada una de las obras se respeta el formato y estilo con el cual cada autor plasmó sus ideas, para acercar al lector lo más fiel posible a los deseos y mensajes que quisieron exponer.

La segunda parte, está dedicada a los cuentos, donde se palpa la cualidad narrativa de los autores, sus formas de tejer la historia y mostrarla a los lectores, de influencias varias, muestran estilos diversos, acercándose a géneros tan distantes que rayan de igual manera al realismo sucio como a la fantasía, incluso cercanas a las vanguardias estéticas, el surrealismo una de ellas y otros de corte más clásico. Con estos relatos, se plasma una realidad de la narrativa chiapaneca, muchas veces olvidada ante la sombra de la poesía, sin embargo, esta generación podría ser un parteaguas para el devenir literario.

En este volumen se incluye a 24 autores, cada uno con diversas perspectivas, a cada cual con una expresión que va desde críticas a la actualidad social, como a descripciones reflexivas del entorno, de los lazos familiares, la muerte, los pensamientos, la naturaleza. Son sólo algunos de los tantos que discurren entre la tinta de cada escritor. Detalles sutiles que a simple vista se nos escapan del entendimiento, nuestra percepción no siempre atenta a todos los aspectos de la vida, son expuestas por las miradas de estos jóvenes escritores, quienes al

mismo tiempo se encargan de hacerlo bajo parámetros artísticos diversos.

Muchas de estas obras son también producto de los talleres de escritura que la universidad plantea para acompañar el desarrollo creativo y artístico de los alumnos. En esta reunión se dan cita ideales y perspectivas del mundo diferentes, sin embargo, todos se reúnen por el gusto a la lectura y escritura, con esto se pretende acercar a las nuevas generaciones de estudiantes (y al público en general) al mundo de los libros, a ese mundo alejado de la realidad y del cual cada persona puede acceder de maneras peculiares. Esperamos que tú lector, puedas sentirte identificado con las obras, con los autores y disfrutes leyéndolos, tanto como nosotros al hacer la antología.

# Poesía

# **Carlos Hibrájim Arroyo Platero**

Licenciatura en lengua y literatura hispanoamericanas

## Cantares de las olas

Dime, mar Mediterráneo,  
¿es tu vida un triste cuento?  
¿o son mis áridos ojos  
de obstinados iris negros  
los que ven melancolía  
al vagar agua en sosiego?  
Campo de nevada espuma  
bordada en claveles y heno  
que al sol, argénteas briznas,  
agua busca al filamento;  
dulces costas andaluzas  
¡hay suspiros en tu viento!  
tu marea me acaricia  
y a la tierra le da un beso;  
los susurros de tu arena  
fantasean en sus sueños  
ante acobardado oído  
ser cantantes, ser serenos.  
¿De igual forma será manso  
de los hombres el recuerdo,  
que descansa entre tus cirios?  
No. ¡oleajes embusteros!  
tiñes sangre en altamar,  
sollozan también los huesos,  
también la ola es serenata;  
entre la niebla y el fuego,

se esfuma también el alma.  
Ese aciago sentimiento,  
ondea en salina brisa  
¡Pues los mares son tan bellos!  
mas no sanan el dolor.  
Yace aquí dentro del pecho  
el profundo sacrificio  
que con tinta y sufrimiento  
en los ríos se escribió  
al cruzarles los viajeros.

*El océano Pacífico  
vocifera por sus muertos.*

Disfrazó de arena el áureo,  
y el gualdo retablo en cielo  
el Madresal transformó,  
asimismo, en oro impreso.  
Del Pacífico la costa  
tan aurífica vistieron  
que dispuesto el navegante  
se detuvo un año entero  
para ver si no era igual  
el dorado aire en invierno.  
Al ver, las ávidas manos  
el más puro firmamento  
como dicta la costumbre,  
los paisajes destruyeron  
y marchita como un lirio,

Madresal, murió en secreto.

En la rica Veracruz,  
de sus nubes de tres tiempos  
caen lágrimas que matan,  
tempestades de recuerdos;  
sin embargo, si la Heroica  
tres centurias más su aliento  
con pena a exhalar volviera,  
al desterrado extranjero  
aún sabría abrazar  
arribado este a su puerto.

*En las aguas del Atlántico  
languidecen los veleros.*

Dulce dama fue Oaxaca,  
adoraba al caballero  
que en Valladolid vestía,  
solamente por momentos  
y ardiente altivo, ilustraba  
de honorable cumbre pleno  
al sol, la Mazunte hermosa;  
grato gusto satisfecho  
del fruto el hombre gozaba  
al mar de sus pies ligeros  
traidor, nobleza a la duna  
reclamando desatento.  
Destrozada, ennegrecida  
Salina Cruz dio a su dueño

en su tersa superficie  
otros dos últimos ruegos:  
al primero, lo ignoraban  
y tras clavarle el frío acero  
el segundo, enmudecía.  
¡Grave y cruel es el despecho!  
de Tristán al compartir  
la Dama, acaso funesto,  
con tiniebla intoxicó  
cada playa de Guerrero.  
Desamparado Zihuatlán  
de plata y perlas cubierto,  
tus dieciocho litorales  
llevan nombre de tus muertos  
que del corporal trabajo,  
los más cansados esfuerzos  
no ceden, por defender  
lo único que el caballero  
nunca pudo conquistar:  
inmateriales luceros,  
entre palmeras bordado  
el alba de Zihuatanejo.

*El océano Pacífico  
vocifera por sus muertos.*

Dime, mar Mediterráneo,  
¿es tu vida un triste cuento?  
Pues aun siendo deleitoso

el sinuoso juramento,  
la naturaleza alterna  
de la mar, al marinero.  
De los puertos de Almería  
aun la guerra en el silencio  
de la noche, desde el agua  
el comandante dispuesto  
la agresión no detenía,  
condenando así los cuerpos  
lánguida calma encontrar  
entre el visceral concierto  
de tragedia, descansando  
bajo tierra por defecto.  
La mañana: una plegaria,  
y escoltándole a su ruego,  
sonó un canto de amargura  
embozando aquel tormento  
de los riscos encantados  
en las costas de Sorrento.  
Dime, mar Mediterráneo,  
¿es tu vida un triste cuento?  
Si la historia la contara  
cada hoja seca en los fresnos  
más escaso crecería  
en el hombre entendimiento  
que difiere deshonrosa,  
el supremo fundamento  
que a la gloria escrudiñando

más la vida va perdiendo.  
Del dolor, no cabe duda  
toda mar, es el reflejo.  
Un par de iris transparentes  
transparentes los cabellos,  
la figura transparente,  
salado aroma en el cuello.

*El océano Pacífico  
vocifera por sus muertos;  
en el mar Mediterráneo  
flotan llantos lisonjeros.*

Trémulo acuna tu pulso  
que sacude entre aleteos,  
cual niño en brazos dormita,  
y arrebatada los recuerdos.

*En las aguas del Atlántico  
languidecen los veleros;  
en el mar Mediterráneo  
solo nadan los lamentos.*

Dime, mar Mediterráneo,  
¿es tu vida un triste cuento?

# **Ángel Cristóbal López Estrada**

Miembro de la comunidad universitaria

# Misfortunio

Horas después aún siento tu olor en mí  
el olor de tus sábanas y tu perfume  
mezclados en la piel desnuda de mi cuerpo  
no puedo evitar pensar que hay también un tercer olor

Un olor intruso,  
cuando en realidad el intruso soy yo  
no sé dónde empiezas tú, donde empieza él  
donde termino yo  
ahora huelo a los dos y los huelen a mí.

Tal vez cuando tu perfume desaparezca de mi cuerpo  
también lo haga el recuerdo de ti.

Tal vez lavándome con las lágrimas que  
caen de mis cansados ojos logre purificarme  
de ti  
de él  
de ustedes.

# Autodesprecio

Me odio  
Cuando me levanto  
Me observo  
El reflejo del idiota  
Que se aferra a la vida  
Que intenta sacarle provecho  
Que intenta ver lo bueno  
Que no tiene motivos para ver lo malo  
Y aun así insiste en hacerlo

Me odio  
Cuando estoy fuera  
Siento que el aire  
Es brasa al rojo vivo  
Y quiero estar en mi casa  
Quiero no dejarla  
Vivir en aislamiento

Me odio  
Cuando estoy en mi hogar  
Y siento que no hay espacio  
Que me asfixio  
Que me muero  
Que no respiro  
Que si no veo al mundo  
Este se acabará sin mí

Que quedaré detrás  
Todos estarán muertos y yo no  
O peor aún, que el mundo continúa  
Sin mí, sin extrañarme, sin necesitarme

Me odio  
Cuando te veo  
Y no soy tu  
No me parezco a ti  
Y no seré jamás como eres

Me odio  
Cuando soy yo  
Cuando digo que me amo  
De dientes para fuera  
Cuando me miento a mí mismo  
Cuando me lo creo  
Cuando podría caer en el egocentrismo

Me odio  
Cuando hago conciencia  
De que esto le rompe el corazón  
A todo aquel que me ame

Me odio  
Cuando mi motor es la culpa  
Cuando me mata el remordimiento  
Cuando ni siquiera  
Puedo experimentar lo que siento

Mi desesperanza  
Mi autodesprecio  
Sin desasosiego  
Ahí, en ese instante  
Que se me hace eterno  
Me odio

Y no desaparece  
Vive conmigo  
Vive dentro de mí  
Me oxida el corazón  
Me martilla la mente  
Me lacera el alma  
Me quita el sueño  
Me quema los pulmones  
Me hace famélico

Me odio.

## **Compañía (Ausencia)**

En este océano de espuma blanca  
donde me ahogo en una duermeyela  
con Nix como mi cómplice  
clamo tu nombre en gritos reprimidos  
con los ojos apretados  
y los puños estrujando las sábanas,  
con el labio inferior aprisionado entre mis dientes.  
El deseo se mete por la nariz,  
me llena los pulmones  
de un embriagante licor.  
Mientras muero de ti,  
mientras muero de tu ausencia.

# **Miranda Belén Higareda Pérez**

Licenciatura en Ingeniería Física

# Tinta nómada

Tan desordenado como tu mente  
son papel y tinta sobre la mesa  
o sobre la almohada.

La tinta magenta es negra tinta  
y no la ven tus ojos  
fijos en la hoja  
arrugada como tu idea.

Se mudó lejos con todas tus cosas  
con todo lo que es,  
hace dos segundos,  
al cesto de basura frente a la pared.

Divagas por el techo.  
Tú y tu gato y toda tu casa  
no son tuyos  
no son fijos,  
son tus ojos.  
no ven la tinta que es negra  
y yace sobre el suelo  
un cúmulo de huesos rotos,  
magenta seco y un órgano que palpita.

Los ojos rojos ya no ven tinta,  
ni ven al gato ni ven la casa.

Vive en un cuarto oscuro  
decorado con restos de su carne,  
el cadáver del ciego.

Junto a casas color pastel  
palos de limón y alambres sobre los techos,  
que suenan  
que bailan  
con el viento de las tardes, cual campanas.

Tin tin don  
Tin tin don don

Y sin querer queriendo vive bum bom  
entre campanas tin don  
entres silbidos fum fum  
del aire tin don  
escucha  
fum bom su alma  
respira  
el órgano que aun palpita  
en el cesto de basura frente a la pared.

## **Entrar a tu vida**

Hay una luz a la puerta que dejaste hace tiempo encendida  
Como una vela, aquí mi llama tambalea  
en el polvo del altar del buda, mi vida.

Guardas mi aliento, Extranjera,  
Entre discos de vinil y una lista de letras.

El desorden que aquí habito  
La sangre de la sala,  
las colillas en el piso  
Hay un pájaro moribundo  
en la mesa junto a un lienzo.

Y tú que no aguantas olores  
Prende un incienso.  
Tú, que siempre caminas descalza  
Pues avanza con asco y lento.

Pide por mí cuando vuelvas  
A ese dios olvidado  
Que si un día ya no regresas  
También dejes sin llave el candado.

# **Josué Caleb Cahuaré Gutiérrez**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

# Fábula del colibrí y la flor

Le decían “no vayas, tuvo ya mil amores”.  
Y terco el colibrí  
antes fue por las flores.

Era la serranilla un edén de colores  
donde el rey era el rojo  
de esta flor de las flores.

“El enjambre de avispas ya gozó sus sabores.  
¡Y dejaron veneno!”  
Pero él fue por las flores.

“El ronrón de las milpas recibió sus favores.  
¡Le plagó de alimañas!”  
Y él no oyó, fue a las flores.

“Tiene espinas, ponzoñas que atrapan en dolores  
quienes toquen el dulce”  
“No creo, voy por flores”.

Y se allegó a la flor siendo sordo a rumores,  
ignoró cualquier suerte.  
Nada más pensó “flores”.

Después le costó volar, dolido de escozores,  
ella le pegó aguante  
encubierto en las flores.

“Amigo picaflor, eso pasa, no llores”  
“Yo no lloro, me rasco,  
feliz soy, tuve flores”

## **El chanté de flor rosada**

Entre la esmeralda tallada en cerro  
y cantos de clarinero  
florece el chanté de flor rosada.

También, bajo la cañada de pinos,  
donde cortan café los niños  
florece el chanté de flor rosada.

O cuando es madrugada y el viento hiela  
y Yajalón eleva su niebla  
florece el chanté de flor rosada.

Al llenarse las cascadas de orquídeas  
de toda forma, blancas, amarillas...  
florece el chanté de flor rosada.

Y hoy la tierra, al pensamiento cercana,  
nostálgica pinta su paisaje,  
florece el chanté de flor rosada.

\*

## **Poema XII**

Hoy un árbol me bailó frente al parque.  
Se desvistió, hoja a hoja, con el aire.

## En ruinas

Cómo quien rompe el cántaro que lo guarda,  
así rompo la maqueta sin valor, y viaja...

Ahora, solo hay lloro en los rincones de las ruinas,  
pero no quinqués en el infierno de llamas negras.  
¡Y veo! ¡Veo los golpes del viento! Tiene manos, miles de miles,  
que arrancan el miserable polvo de las pisadas emprendidas.

De repente, las estatuas de... ¿plata?  
caminan por el mundo en grupos, en soledad.  
Muerdo, grito, les rompo como a mí, ¡Miren ustedes!  
Pero no me oyen, ni me ven, ni me sienten, son dioses falsos.  
¿Yo igual?

No tengo materia para pelear, pedazos no sostienen una voz.  
La mirada en ruinas no ve, la mente fragmentada no sabe dirigirse,  
el fondo del cántaro busca agua,  
y ni el espejismo del oasis ni la flor de su la laguna ni su agua pura  
cambian el fuego,  
oscuro fuego, oscuro paisaje, noche eterna.

Nadie a quien decir,  
nada que escuchar,  
nada que respirar...  
de las ruinas no queda nada.

# Cancioncilla marina IV

*Mente en blanco  
mar en calma  
feliz alma  
sobre un barco*

Adoro  
sentir al sol en las piernas,  
las arenas en los dedos,  
la sal en los cabellos,  
los besos de sirenas...

*Mente en blanco  
mar en calma  
feliz alma  
sobre un barco*

Deseo  
ver volar gaviotas,  
jugar a los piratas,  
nadar bajo las aguas,  
cantar a las olas...

*Mente en blanco  
mar en calma  
feliz alma  
sobre un barco*

Anhelo

levantar papalotes,  
mirar... mirar la tarde,  
navegar por islotes,  
maravillarme...

*Mente en blanco*

*mar en calma*

*feliz alma*

*sobre un barco*

Adoro

arrojar la pelota,  
merendar algo frío,  
y mientras aquí me río  
escribir esta nota:

*Mente en blanco*

*mar en calma*

*feliz alma*

*sobre un barco*

# **Xochitl Kenia Roblero Roblero**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

# El jardín de la memoria

En la sombra de la ausencia, en el eco del recuerdo,  
brotan palabras que buscan consuelo en el silencio.

Hermano mío, en la eternidad reposas tu ser,  
como un lucero que brilla en el firmamento al anochecer.

En el jardín de la memoria, florecen los momentos vividos,  
cada risa, cada abrazo, en el alma grabados y plantados.

Tu luz sigue brillando, mientras tenga vida  
tu esencia vive, en cada latido resguardada quedó.

Recuerdo tus pasos, tu risa, tu voz tan dulce como la miel,  
y en cada suspiro, siento la presencia de tu aliento.

Aunque la distancia nos separe, hermano, sé que estás aquí,  
guiándome desde lejos, con amor, con tu luz, con tu bendición sin  
fin.

En el lienzo de la eternidad, tu recuerdo es un cuadro de amor,  
un legado de cariño que perdura más allá del dolor.

Hermano, en cada amanecer, en cada estrella que brilla en la noche,  
siento tu presencia, tu amor infinito, tu abrazo celestial, tu  
protección.

Descansa en paz, hermano querido, en donde el dolor  
no existe, donde solo existe el amor y paz eterna.

Por siempre serás mi guía, mi amigo, mi hermano en la eternidad,  
hasta que nos reunamos en la presencia de Dios y todo sea felicidad.

# Mi héroe

Si pudiera elegir a un papá ideal,

No lo dudaría, te elegiría a ti.

Quiero que sepas que eres mi héroe,

eres mi refugio, mi lugar seguro.

Eres mi mayor orgullo, y por ti quiero ser mejor persona,

gracias por tu apoyo incondicional, eres un ejemplo

de valentía, fuerza y amor incondicional.

Hoy puedo decir que eres el papá perfecto,

que, sin importar la pruebas, has luchado

para poder darnos un hogar.

Quiero que sepas que te amo con todo mi ser,

eres el héroe de mi historia, escribo con mucho amor,

Para el mejor héroe mi papá.

# Rayito de luz

En el jardín de la vida,  
Llegaste a iluminar mi vida,  
Eres lo más hermoso en ese mundo.  
En mis días de oscuridad,  
Eres un ratito de luz y paz,  
Agradezco a Dios por tu llegada.  
Mi niño hermoso, mi querido sobrino,  
Quiero que sepas que en mí siempre  
encontraras un refugio, un apoyo incondicional.  
Iluminas nuestro hogar,  
con tu risa, tu mirada inocente,  
y tus travesuras, te amo para siempre,  
Con mucho amor para ti...

## Esencia de paz

En las tierras del Rodeo, la naturaleza es reina,  
un lugar de vida donde el alma se despeina.

Entre los árboles y el aire fresco que acaricia,  
se esconde la esencia de una paz que se multiplica.

En cada rincón de esta colonia, la naturaleza se despliega,

En sus colores y sonidos, el murmullo de los ríos  
y el canto de los pájaros, la amabilidad de su gente  
son melodías que en el corazón hallan consuelo.

Los cerros y montañas abrazan esta colonia  
guardianes eternos de su belleza y su tradición.

El sol ilumina los campos y las praderas,  
pintando de paz cada amanecer, cada nueva espera.

En cada montaña, se esconde un secreto por descubrir,  
una historia que las piedras y los árboles quieren compartir.

Caminar por el Rodeo es adentrarse en un universo encantado,  
donde la magia de la naturaleza nos deja siempre fascinados.

Que el Rodeo siga siendo un refugio para el alma y el corazón,  
un lugar donde encontrar paz y conexión con la creación,

en sus bosques y caminos, en su cielo azul  
encontremos siempre la belleza y el asombro que nos llenan de paz.

# RobleroSquad

En la casa de los Roblero,  
donde el amor es primero,  
se entrelazan risas y sueños,  
bajo un techo de amor sincero.

Padres que son de luz,  
guiando con sabiduría y virtud,  
en cada paso, en cada actitud,  
forjando un legado de plenitud.

Hijos que crecen como flores,  
nutridos por afectos y valores,  
con raíces fuertes, firmes amores,  
en la familia.

Abuelos que guardan la historia,  
tesoros de sabiduría y memoria,  
en su regazo, calma y paz,  
la esencia misma del amor.

En el hogar de los Roblero,  
la felicidad nunca falta,  
donde cada uno es un tesoro,  
y el amor es eterno y sincero.

Unidos por el amor  
y por el amor de Dios,

Familia RobleroSquad.

# **Diego Cigarroa Escobar**

Licenciatura en Arquitectura

# **Las Rosas son rojas**

¿Las rosas sin rosa son rosas?

la espina, la hoja y el tallo conforman la rosa

¿la flor y su tallo son rosa?

¡No! la rosa es la flor con tallo, espinas y hojas de rosa.

¡No! el tallo y la flor son las rosas con espinas y hojas

¿la espina, los tallos y la flor son rosa?

las rosas no tienen rosa más que en su rosa de rosa

¿Hay flores sin hojas?

Hay flores sin hojas

Hay tallos, espina y flores que no son rosas

Las rosas son tallo, son espinas, son flores

y existen en colores que no son rosas

¡Las rosas son rojas!

# Sin puerta

Dios mío, ¿cuál es el camino?  
Doy vueltas a la luna para encontrarlo.  
Y veo que la puerta no está nadie tiene llave  
sin llave no hay puertasin puerta camino  
no hay puerta sin camino.  
La terquedad me hace dudarsi hay luna  
si hay puerta  
si hay llave con puerta  
y si me dirigen al destino.  
lo busco ahora, lo busco dónde  
¿realmente importa?

**Si caminas del mar al horizonte verás la línea sinpuertas,  
puertas en el cielo puertas en el infierno  
pintadas de blanco y de negro.**

**Hice los caminos sin división, tráeme el sol que tenga una  
llave**

**de vueltas con llave  
y tenga puertas en su camino.**

**Sin puerta el mar  
el horizonte  
las líneas.**

**No importa encontrar una puerta  
las llaves**

***El camino lo haces al escoger tu destino***

# Rojo

Vi la vida de un hombre sin salida  
de unos cuantos años  
con úlceras que le producían gemidos  
y quienes lo abandonaron  
parecían no estar arrepentidos.

Vivía en un paisaje de arte callejero  
en un silencio  
escuchabas el rugir del estómago hambriento  
pues lo desvanecía por completo.

Nadie se paraba a ofrecerle una mano  
el baño, era el espacio que más vergüenza le daba ocupar  
todos los días en el vaivén de las puertas  
manchaba con tinta roja la parte de su banqueta.

Era un poeta  
lo dijo bajo una noche de feria escribía sus propios diarios  
cuentos dibujados en garabatos  
arrancados, cuando necesitaba más alcohol

¡Qué madre quiere ver a su hijo vivir de esa manera!  
¿por qué no hacían nada los dueños de las tiendas?  
era común verlo comer de los contenedores

era común verlo retorciéndose de los dolores.

Al final en su muerte supimos que tenía gatos  
un hermano calvo  
sus padres emigraron  
y tuvo su primera novia a sus dieciséis años.

Después se casó sin ser amado  
el matrimonio duró como un tatuaje en una mano  
y dejarle una enfermedad a su cargo.

Al entrar a su cama de plástico  
en un frasco a lado de su diario  
venía una nota escrita así:

*Mi sangre no es mi condena  
mi condena es la ignorancia  
por mi persona y las del pueblo  
ide creer que el mundo acaba!*

**Jorge Daniel Gordillo Yáñez**

Licenciatura en Lengua y Literatura  
Hispanoamericanas

# Respuesta a "noli me tangere"

*Ayúdame tú a sentir:  
una cosa es a capela y otra cosa es con violín,*

si mi alma abodocada,  
en tanto que el aire, se entabla  
y ahí se queda quieta  
(no sé qué esperando, se afea).  
Pero si al contrario da vivas  
y como en rebeldía  
a otro cuerpo sin nada de culpa zaranda,  
esta angustia se monta en canoa y no basca.

Por eso,  
aunque sea chiribitas  
dispárame en tus ojos si me siento ciego.

Por eso...,  
aviéntame una soga, tócame la herida,  
a ver si así te creo.

Todo el aire que se extravasa  
no vale una hojarasca.  
(Y si te quedas quieto,  
no sé que esperando, y en silencio...)

¡Por eso!,  
*ayúdame tú a sentir...:*  
*una cosa es a capela y otra cosa es con violín.*

# Stigmata

Clavos, si mi cuerpo duerme sobre el polvo de unas cruces,  
sobre el lomo de un calvario,  
clavos agrios, indentados son los lunares polimorfos  
de la piel descuartizada en mi sueño fraccionario.

Clavos también, si me despierto y si atoro la medianoche,  
si atoro los tornillos de mi luna,  
clavos también, de sal, de bruces, clavos de madera y campana  
son los lunares verdaderos de mi cuerpo que se ensanchan cuando  
ayuna.

Clavos en fin me cruzan, en sueño y en vigilia,  
y crecen enramados,  
desde la misma tierra  
que cultiva y acaricia el viacrucis de mis días,  
[de la imagen en los cuerpos de que huyo y en que encarno].

# Alguna tristísima noche

*Noche de soledad. Rumor confuso.  
—Julián del Casal*

Bajo la noche que tristísima mece  
todo lo que ya puedo —hoy— decirle,  
alguien quiebra una piñata de vocerías  
y se empaña el cristal del "yo quisiera",  
y a lo lejos, tan cerca del rostro  
negrecido de todo, un pavor  
me recuerda el tumulto que incendio  
todo el rato, contra un negro sol.

¡Alguna tristísima noche!, no puedo,  
no puedo guardar y someter mi lengua.  
Sigue debatiendo mi corazón tan largo  
en el foro vacío del "yo quisiera",  
cuando lejos te asombras del canto  
que a destiempo se quiebra en abur  
y disipa el silente, de niebla,  
sueño amorfo de oblicua trasluz.

Mira cómo fluye  
mi voz entre mis gritos inquietos.  
Mira cómo apareces  
llena de gritos,  
mi tristísima noche.

# Contra el chovinismo

Cierra por dentro, puerta a puerta.

Vas a pintar en tus muros  
a tus visitas con su sangre,  
y olvidarás al intruso  
descomponiendo tus llaves.

Cierra por dentro: mira que vienen  
ciencias que vuelan, y revoltosas.  
También estréllalas en tus ventanas  
que se derritan, que pierdan alas  
para que enturbien tu vista corva.

Desentierra de algún recuerdo,  
entre látigos y entre leyendas,  
un incipiente monasterio,  
un conato de palacio,  
un espectro,  
que te vigilen cuando descanses  
(no sea la de malas  
y tú mismo extraño un día te encuentres en tu misma casa).

Ciérrate por dentro.

Apaga también las luces del rostro, por si alguien te observa

y con los insectos de la calle sucia te confunden.

Así, si quieres, serás patriota.

# El corazón del mundo

Corazón de corazones,  
el collado te deslava y tú te escondes  
en raíces sobre piedras de que manas,  
nítido de soledad,  
a sembrarte en un viaje y a dormirte  
en los ojos del que olvida su camino.

Corazón, corazón del mundo,  
te desgaja el campo abierto de los días, ¡y tú te escondes!  
en semillas siempre al aire que acompañan,  
sórdido, sórdido de oquedad,  
al andante que equivoca los destinos si te busca  
en las sendas mal dispuestas del derrumbe que te hizo  
ubicuo,  
ubicuo y transparente,  
angustia y un latido que no cesa  
desde que el mundo crece y te deshace

Corazón de corazones,  
en el mundo te desaguas y te escondes  
en el verbo que te seña, en los indicios  
de la tierra permanente que te arroja,  
nítido, sí, nítido siempre de soledad,  
a buscarte en quien te busca en todos lados.

**Carlos Darinel de la Cruz García**

Licenciatura en Lengua y Literatura  
Hispanoamericanas

# Esto no es poesía

La poesía está en todos lados,  
Detrás del sillón,  
Llenándose de pelusa atrás del refrigerador o debajo de la estufa.  
Está quieta en los trastes que gotean recién lavados.  
Sucede afuera el día que decidí quedarme en casa,  
Habita en las palabras que no uso,  
Anda en lugares que no he conocido,  
No es nada de lo que creo hasta ahora;  
Llegó a mi casa el día que salí a buscarla.  
Se esconde en el lado que no veo de las nubes,  
La perdí en las cosas que olvidé.

La buena poesía es todo lo que no entiendo de la poesía,  
La hace cualquiera excepto yo,  
Es todo menos esto.  
La poesía es un buscaminas y

Los mejores

versos

están

En los espacios en blanco  
Donde no escribí.

# Tres Haikus

## I

Todo se derrumba,  
El fin estaba anunciado;  
Apago la alarma.

## II

Un gato pequeño  
Detrás de una llanta;  
Viene la lluvia.

## III

Sucede de todo  
Cuando no se está  
En ningún lado.

# Mal cuerpo

Este cuerpo no es mío.

Este cuerpo adolorido,  
mal parado  
maloliente  
mal-dito.

Este cuerpo  
que se queja y truena,  
remendado con pastillas para las alergias,  
con un corazón que no sabe latir,  
de pulmones agudos y punzantes.

Maldito seas, cuerpo, que para poco  
o nada  
me sirves.

Cuerpo inútil de malas hablas,  
de malas manos  
de malos pasos.

Deseo ya no pertenecerte.

# La última tarde

## I

Descansan las incontrolables ideas  
sobre unos brazos cruzados,

ladrillos en las paredes porosas  
que al cocerse trinan de rutina,

encomiendo la vista a los cúmulos  
de otoñales nubes

un avión que divide el cielo maduro.

## II

Las hojas del árbol  
desdibujan la luz que el sol  
regala a los interiores.

Un colibrí de trabajo vespertino  
no quiere dejarse morir.

## III

Esta mala forma de atrofiar los dedos  
en el melodioso yugo  
de la desentonada nota  
que escapa,

que crispa la conciencia  
aturde la sensibilidad  
da paso a todo lo posible.

#### IV

Solo  
infinitamente solo  
nadie ve la tragedia de las  
horas últimas  
nadie imagina por encima  
del cielo  
terrible esta manera con la  
que se vive.

# **Mar. L. Álvarez**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

# Caída

Un pequeño grano de arena  
en medio del frondoso mar;  
sigo estática, sigo aquí.

La puesta de sol que me acompaña  
en mis inviernos, las olas componen  
y descomponen sueños enteros y agrietados.

Estoy en lo alto pronunciando la caída;  
la parte baja me grita que volveré a subir,  
tocar el fondo para resurgir.

Las rocas grandes y pequeñas, mías,  
de ellos, de Dios, de alguien, las hojas verdes  
que me envuelven.

Desnudar mi alma y gritar a mil vientos;  
he de reinventar cada una de mis raíces,  
jugar con la marea.

Ahogar profundidades prohibidas, lento.  
Probar la sal y naufragar mi propio exilio,  
mi liberación será gloriosa después.

Al dejarme caer la arena amortigua,  
las rocas enseñan, empujan, rápido.  
Preparo mis pies, un destino.

Una vestimenta no tan mala, advierto a mi cuerpo  
mis huesos lo saben, mis sentidos repiten el rito,  
el agua espera a mojar mi boca desierta.

Finalmente ocurre, me dejo, soy yo.  
Estoy rota, ahora puedo repartirme en piezas  
a donde voy, puedo soltarme de nuevo y estar bien.

# Corriente traslúcida

Llevo la sangre putrefacta,  
con un traslúcido siniestro  
que naufraga en las ondas de la credulidad.

A medida que avanzo me enredo,  
la sangre fluye veloz y temerosa,  
el sudor me espía cauteloso y atrevido.

Parpados caídos, ojos muertos.  
Cargo sobre mí, una causa permanente  
traigo en mí, semillas fallecidas.

Un bucle gastado, un barco naufragando  
en las mismas aguas dulces de la sal.  
Las manchas permanecen con nitidez,  
los sueños se entrelazan en los días de fe.

Hoy se han soltado, he cortado el camino  
que pretendía guiarme, silencio, pausas.  
Tomé una pausa, y lo olvide, lo que haya sido,  
se fue, pero volvió a mí.

Estoy en la misma corriente estremecida,  
va y viene, va y viene, va.  
A su paso arrastra, desangra,  
destruye, me edifica en la tragedia.

# Mis horas han sido escritas

Dicen que todo acaba.

Dicen que soy un extranjero.

Dicen que mis horas ya han sido escritas.

He permanecido clavado en esta tierra sin algo seguro,  
nada me pertenece, dicen.

Me dijeron ayer que me esperaba un sueño profundo,  
un periodo agonizante.

También me dijeron que me desgasto poco a poco,  
con cada minuto que transcurre.

Que, en algún momento, todo habrá terminado,  
que al llegar el alba mi tiempo se habrá agotado.

No encuentro aflicción alguna en mi corazón,  
¿debo temer?  
¿acaso está mal terminar?

Dicen que el día se acabara,  
que ya no habrá más luna ni otro sol,  
mis ojos ya no verán un último suspiro.

Entonces si un día de estos no estoy,  
nadie llore, habré sabido que así son las historias,  
que soy un extranjero.  
Que mis horas han sido escritas.

Aquí soy y no si después seguiré siendo,  
apenas medito la duda de a dónde voy,  
pues todo viaje tiene su retorno.

Por causa insoslayable mi alma ha de abandonar mi cuerpo.

Todo llega a su término, ¿soy parte de ese todo?  
Si mañana ya no vivo más, me alegra haber sido yo.

**José Zenteno Aguilar**

Licenciatura en Lengua y Literatura  
Hispanoamericanas

# Las miradas de los héroes

son miradas tristes  
Son miradas que han visto  
otras miradas

No necesitan colocar sus pupilas  
con la de otros  
para saber cómo está su ventana

Son miradas desfiguradas  
Juegan al rubik  
pero nunca logran  
completar los colores

La sonrisa  
una mecha que se consume  
con la lengua que señala en silencio

La mirada de los héroes  
son tristes  
porque saben que no lo han  
visto todo

Y no existe fin en el vacío  
que se puede excavar más  
en la fosa común  
hasta salir en otra

Son miradas equilibristas  
desde lejos se ven sonrientes  
aunque nunca nadie  
se acerca a verlas.



para desvanecerse  
con unas lágrimas?

**2**

Mi madre compró  
Candy, Candy  
en el centro  
con el señor que juraba  
“todo es clonado”

Compramos  
los pocos recuerdos de su infancia  
antes que llegara a darse cuenta  
de que la verdadera desgracia de Candy  
no era ser huérfana  
La mirábamos de cinco a siete  
de dos a tres capítulos  
hasta que el tiempo la agobió  
y necesitaba descansar más  
para resistir el día siguiente  
del día a día  
del siguiente  
al siguiente

*Antes los dejaba ver esa  
pendejada por ti*

*El niño tiene ocho años  
imita todo*

*Imita el llanto  
y los niños no lloran*

*Por tu culpa se volverá*

*extraño raro*

*esa caricatura es de viejas*  
*¿quieres que tu varón sea una?*  
Escuché antes de tocar la  
puerta del cuarto de mis padres  
para mostrarle a mi madre  
el dibujo dorado que hice

Pero no entré

### **3**

El día que Anthony  
cayó del caballo  
y murió  
    lloré  
Lloré junto a Candy  
por un supuesto amor  
verdadero e incondicional  
que ella perdió  
y el que yo llegué a perder  
días después  
Cuando me encontraron  
bailaba y cantaba  
el opening de la serie  
    -las veces que me sentía sólo-  
algo que los hombres  
no deben hacer

# **Karen Oseguera**

Licenciatura en Danza

# **La verdadera mentira**

Dije te quiero,  
cuando me aterraba hacerlo.

Dije que quería algo contigo,  
cuando realmente lo quería TODO.

Dije que no te necesitaba,  
cuando realmente, no era nada si no te tenía.

## 07

Julio, inicio de mitad de año.

Julio el mes de mi tristeza.

Julio, me recordaba mi existencia.

07, el número de la suerte

y el mes de la incertidumbre.

Incertidumbre sentía los 7 días de la semana

porque el 8 me mantenía con la esperanza.

Pero en agosto, me seguía sintiendo tan muerta, pero con vida.

Vida la contaba entre 7 y 8.

“Y”, el numero inexistente

que me colocaba en la cuerda floja

entre el 1 y el 0.

Donde 1 era luz

y 0 donde quería estar.

# **¿Amor?**

No sabias lo que querías,  
pero tampoco querías estar sin mí.  
Yo no sabía lo que sentía y merecía  
por eso aguantaba todo por ti.  
Amor indeciso es lo que tenemos ahora.  
Aunque pensándolo bien, eso ha sido desde el principio.

# **Néstor Emmanuel Pérez Ríos**

Licenciatura en Lengua y Literatura hispanoamericanas

# **Rojo, verde, ámbar**

En la esquina, en su pedestal de luz,  
el semáforo se erige con autoridad,  
rojo, verde, ámbar, sus señales traducen,  
el ritmo frenético de la ciudad.

Rojo como el corazón que late apresurado,  
detiene el flujo, marca un breve alto,  
verde como la esperanza que se extiende,  
invita a avanzar sin detener el paso.

Ámbar, un susurro entre el rojo y el verde,  
precaución en el instante efímero,  
en el cruce de destinos, se detiene el tiempo,  
y en el semáforo, hallamos el sendero.

# **Esta noche maldita**

Bajo el manto oscuro de una noche maldita,  
Donde las sombras danzan en la penumbra infinita,  
Entre susurros de viento y suspiros de temor,  
Se ocultan los secretos que guardan el dolor.

En el silencio roto por aullidos de la oscuridad,  
Se esconde el miedo en cada rincón, en cada lugar,  
Las estrellas se ocultan, la luna no brilla,  
En esta noche maldita, donde el terror se destila.

Pero en medio de la negrura, un destello de luz,  
La esperanza se alza, desafiante y audaz,  
En el corazón valiente que se atreve a luchar,  
Contra la noche maldita, hasta el amanecer llegar.

Que el valor sea tu escudo, la fe tu guía,  
En esta noche maldita, donde la oscuridad se desafía,  
Y al final del camino, cuando el sol vuelva a brillar,  
Celebremos la victoria, por la noche maldita enfrentar.

# **Mi alma**

Te robaste mi alma y yo deposite mi fe en ti, fueron tus ojos, o quizás tus besos, los que me enamoraron de ti, cada día que pasa pienso en ti, eres la brisa que percibo sobre mí, cierro los ojos y aún siento aquí tu calor, miro el cielo y puedo escuchar tu voz y el tiempo se detiene frente a mí y escucho en silencio mi corazón, no hay dolor, ya no existe razón, pues no hay nada en mi... Te lo di todo a ti.

# **Juntos somos todos**

Ven, ven hacia mí  
con tu dulce enfermedad,  
destrózame a solas y juntos oblígame a ponerme de rodillas.  
Inyecta toda tu maldad  
en mi inocente cuerpo  
y en cuestión de segundos las preocupaciones se irán lejos, bien  
lejos.

Porque sin mi nada eres,  
nada eres y sin ti yo nada soy,  
pero juntos somos todo.

Ningún placer  
puede compararse contigo  
y ninguna conquista puede ser equiparada contigo.  
Ni la euforia  
puede compararse contigo  
y ni siquiera el amor podría jamás reemplazarte.

Porque sin mi nada eres,  
nada eres y sin ti yo nada soy,  
pero juntos somos todo.

## **Bajo la miseria**

Es otoño una vez más y la paranoia llega a su clímax por el frío, la noche penetra en mi carne y paraliza los pensamientos en mi cerebro deformado, las hojas secas bailan detrás de mí en el viento, crea sonidos desagradables a partir del silencio y desencadenan mí ya fuerte paranoia, cada idiota que pasa es un enemigo potencial.

Miro con odio hacia cada uno de ellos, deseando que alguien me mirara a mí y darme una razón para desplegar el bastón telescópico para golpearlo hasta la muerte.

La persona que una vez fui se ha ido, ahora soy un monstruo impulsado por fuerzas que nunca entenderás, pero a pesar de todo también he amado, la ansiedad puede hacerte sentir tan cansado. En cierto modo pierdes la voluntad de intentarlo y no puedes entender cómo es ser sólo una sombra de sí mismo.

Recojo el tetra de la bolsa, tomo unos grandes sorbos de vino. Siento un poco más de calor por dentro y creo que este es el único amor que alguna vez aprendí a experimentar.

# Cuentos

# **Guadalupe Elizabeth Guerrero Pérez**

Licenciatura en Ingeniería Civil

## Allá lejitos de mi pueblo

El dolor se hace más presente cada vez, ese vacío en el estómago que al mismo tiempo se siente como lleno. En la alacena sólo hay un pedazo de pan, prefiero dárselo a mis hijos, los dos pequeños que me quedan. Desde hace más de un mes no tengo trabajo, las lluvias se adelantaron este año, me quedo en casa escuchando los reclamos de mi esposa. Los mismos de siempre “¡Tonto! ¡Imbécil! ¡No debí casarme contigo!” me sé de memoria sus sermones.

Es difícil estar en casa, miro día tras día, ese jardín sin una flor siquiera. Antes, al menos, sus ramas secas le daban un poco de vida. Ahora, en ese lugar yace la muerte. El cuerpo de quien alguna vez fue un niño, mi hijo, mi pequeño, a quien el hambre lo mato, aún más el padre que tuvo, quien sólo le dio miserias y dolor. Mi esposa tiene razón. Soy un idiota.

Cuando la lluvia terminó, pude regresar al trabajo, mientras recogía el sorgo, escuché la conversación de mis compañeros.

–Dicen que el tesoro es muy grande y con eso no tendrías que volver a trabajar.

–Si yo lo encontrara, me compraría una mansión, ropa fina, y muchos pares de zapatos.

Me acerqué un poco más, quería escucharlos bien, no decían más que todo lo que harían con ese dichoso tesoro.

–¿De qué tesoro hablan? – Pregunte.

–Cuentan que nuestros antepasados guardaron cosas valiosas, joyas, telas finas y monedas de oro en una cueva, para que nuestros

conquistadores no se lo llevaran, hasta hoy, no han podido encontrarlo.

—Y eso que se encuentra cerca de aquí, pasando el pueblo de San Miguel.

—Si no esta tan lejos, ¿por qué aun no lo encuentran?

—Lo han intentado, pero, hasta ahora, nadie ha regresado.

De regreso a casa, imaginé como seria mi vida si yo encontrara ese tesoro. Podría darles una mejor vida a mis hijos, no pasarían más frio, ni hambre, irían a la escuela como los demás niños. Si tuviera todo ese oro, la inútil de mi esposa no tendría razones para reprocharme nada, y con todo gusto la echaría de mi casa.

—En fin, no puedo cambiar la realidad —me dije.

Al llegar escuché gritos que provenían de mi casa, comencé a correr. Cuando me acerqué, mi esposa me vio, desesperada, corrió hacia a mí, me tomó de la camisa y comenzó a golpearme.

—Todo esto es tu culpa, ieres un estúpido!, mira lo que provocaste.

Me aterró, no entendía porque ella lloraba, intenté desprender mi camisa de sus manos. Cuando finalmente lo logré, entré corriendo a la casa.

—¡No, por favor no, hijo, hijito! ¡Tú no! —grité,

El más pequeño de mis hijos, estaba tirado en el suelo, convulsionaba, tenía pequeñas erupciones en la piel, de sus labios azulados salía espuma. Noté que en una de sus manos llevaba un pedazo de carne, no teníamos carne en casa.

Lo tomé en mis brazos, lo acerqué a mi pecho. Corrí a la casa del único doctor del pueblo, sin embargo, no quiso atender a mi hijo, pues no tenía el dinero suficiente. En un intento desesperado lo llevé

con una curandera, le restregó tantas plantas, huevos, hojas en su cuerpo, le daba agua, hasta té, pero mi hijo no reaccionaba.

Todo intento fue en vano. Mi hijo murió. Al parecer envenenado, por un pedazo de carne, que quizá, habían dejado con veneno para matar ratones. No importaba. Pues yo sé, fue culpa mía. Yo lo maté, por no poder darle de comer.

## Esto no tiene nombre

Diez minutos faltaban para salir de clases. Ese calor agobiante no lo soportaba más. Al sonar el timbre, comencé a acomodar mis cosas. El bochorno en el cuerpo era sofocante, quería llegar a bañarme. Además, no comí nada en todo el día. Esperaba que mi mamá hubiera preparado algo para comer. Aunque casi no había sombra en toda la terracería, al ir con mis amigos el tiempo se me pasó rápido.

Al llegar a mi casa, vi una camioneta afuera. Era negra, grande, tenía los cristales polarizados. Me pareció extraño, no conocía a nadie que tuviera una de esas.

—¿Quién será? —pensé.

Al acercarme, noté la puerta abierta, había un hombre parado frente al comedor, era alto y bastante flaco. Al observarlo mejor, me di cuenta de que a un costado de su pantalón tenía un arma. A su lado, había una señora bajita.

—Buenas tardes —saludé.

La mujer volteó a verme. Un hormigueo pasó por mis manos, la piel se me puso chinita. Aun así, no pude apartar la mirada de ella. Me miró de arriba hacia abajo, cuidando cada detalle, como si quisiera grabárselos en su memoria. Creo que no lo logró, pues tan pronto como me acerqué a mi madre, ella me tomó una foto. Justo en ese momento mi hermano llegó de la secundaria, ella, rápido le tomó una foto, igual a todo lo que estaba en casa.

Mamá nos tomó del brazo para sacarnos al patio, no estaba lejos de la sala, donde se encontraban ellos platicando.

—No se preocupen todo estará bien. Por ningún motivo se vayan a meter —nos dijo.

Mi hermano se fue a su cuarto, en el segundo piso, yo me quede en las escaleras del patio. Desde ahí, podía observar bien lo que hacían, podía escucharlos perfectamente.

—Si para mañana no encuentro desocupado, ya le advertí lo que va a pasar, se sale usted, o los saco yo. Y no será a las buenas —dijo la señora bajita.

—Por favor entienda, es mi casa, está a mi nombre, no pueden sacarme de aquí. No tengo a donde ir —respondió mamá.

—A mí no me interesa, si está a su nombre, ya tengo fotos de sus hijos y de usted, así que decida, a las buenas o a las malas. No quiero ver a nadie en esta casa mañana.

El tipo tocaba su arma a cada rato, pero en ningún momento la sacó. ¿Acaso su intención era provocarnos miedo?

—Quiero que vengas a revisar mañana, si siguen aquí, sabes lo que tienes que hacer —dijo la señora al tipo con una sonrisa sarcástica en su rostro.

Al terminar de hablar, salieron de mi casa, sin siquiera despedirse. Aun no entendía del todo lo que pasaba. Lo supe al escuchar las palabras de la oración de mi madre.

Cuando ella cerró la puerta, se quedó parada frente a la televisión, como viendo su reflejo, se quedó en silencio y tan pronto como se escuchó cuando arrancaron la camioneta, se tiró de rodillas al suelo, levantó la mirada. Yo no podía ver su rostro, solo escuchaba su llanto.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gritaba a modo de ruego. Lo repetía una y otra vez.

—Esta es mi casa, ¡Dios mío! No permitas que me la quiten.

Recuerdo que mi perrito se acercó a mí, puso su hocico en mis piernas, se quedó ahí, quietecito con los ojos cerrados. Fue, justo en ese momento, cuando una sensación de pesadez se posó en mi estómago, quería vomitar, la cabeza me dolía. Sentía como mi corazón comenzaba a latir muy rápido, las lágrimas derramaron el rímel de mis pestañas, me ardían los ojos. En lugar de limpiarme, solo quería acariciar a mi perro.

Mamá estaba en la sala, mi hermano en su cuarto y yo ahí sola, sin entender y entendiendo todo. Nos robaban nuestra casa y yo, no podía hacer nada para evitarlo.

# **Víctor Manuel Liévano Morales**

Licenciatura en Comunicación

## Como loro enjaulado

Lo recuerdo bien. Hace siete meses, vivía en una de las colonias alejadas de donde los habitantes se alojan de manera cómoda, debido a mi pobreza. Huimos de casa en busca de futuro, de no estar más con nuestros padres que sólo pensaban en drogas y alcohol. Éramos tres: Ricardo el mayor con veinte años, robusto, de temperamento explosivo, casi nunca estaba en casa, pero se aparecía cada tres días con dinero, lo suficiente para sobrevivir la semana. Rita, la de en medio, de diecisiete años, delgada, atractiva, trabajaba como mesera en una fonda. Yo el menor con dieciséis años, delgado, el único estudiante de la casa.

Un día a las tres de la tarde, me dirigí a mi hogar con la mejilla hinchada, en el labio me escurría un hilo de sangre, me golpearon al salir de la preparatoria, tres bravucones, decían ser los más fuertes, eran altos, consentidos porque sus padres eran amigos de la directora. Me tomaron por la espalda, no pude defenderme.

Al verme, Rita se asustó, rápido me dio una bolsa con hielos para la hinchazón y una servilleta para la sangre. El semblante de Ricardo se incendió y después de explicarle lo sucedido, su mirada me penetró, empezó a gritar:

—¿Por qué te dejas golpear?, eres un idiota Cesar. Debes acabar con esos estúpidos. ¿Te grabaste la cara de esos cabrones?

—Sí —tuve que decirle con gran seguridad.

Rita sirvió la comida para evitar más gritos. Nadie dijo nada en ese. Al terminar Ricardo se puso de pie y fue a su habitación sin dar las gracias. Más tarde me habló desde su cuarto, para mostrarme una

navaja con mango color plata, adornado el pomo con un cráneo. Se miraba emocionado:

—Mira esto, es de la suerte, me la dio un amigo, cuando me ocurrió lo mismo que a ti.

—¿Y qué hiciste con ella? —pregunté ingenuo.

—¿Cómo qué?, a uno le traspasé el corazón y al otro le saqué las tripas. Tú harás lo mismo.

—Pero habrá problemas, después me buscarán —dije

—Tranquilo podemos hacer como si nunca hubiese pasado nada, tú puedes hacerlo, puedes lograr vencer a quien te haga daño o quien dañe a los que más quieres. ¿Acaso no estás cansado de todas las humillaciones que nos han hecho?

—Tienes razón, ya estoy cansado de todo esto. Lo haré.

Al día siguiente, al salir de la escuela estuve atento para enfrentarlos, pero no aparecieron. Me fui. Faltaban tres cuadras para llegar a casa cuando vi a los que me golpearon. Sentí miedo, rodeaban a alguien, me di cuenta que era Rita, trataban de meter sus manos sucias bajo su falda.

La adrenalina recorrió todo mi cuerpo, aún no puedo entender cómo me acerqué, solo sé que al más alto de ellos le traspasé en la parte baja de la espalda con la navaja. Los otros dos se sorprendieron al ver a su amigo caer, uno se acercó para golpearme, pero fui más rápido, incrusté el arma en su abdomen, provocándole una perforación profunda, se desvaneció rápido. El tercero, el líder, intentaba revivir a su amigo, me observó, sentía miedo, podía verlo en sus ojos, trató de huir, pero se lo impedí con una fuerte patada, le tiré dos dientes. Rogó por su vida y de dolor:

—Por favor, perdóname cuate, somos de la misma escuela.

Pero en mi cabeza golpeaba la voz de Ricardo diciendo: "Mátalo".

Cegado por el impulso le traspasé el pecho en tres ocasiones, mis brazos se bañaron en sangre, sentí satisfacción, pero al ver la cara de horror de Rita cuando soltó un grito, me hizo poner de pie, mi corazón se encogió, el miedo recorrió todo mi cuerpo, mi mente se tornó blanco. Rita me tomó de la mano y huimos del lugar, mientras la gente salía de sus hogares, pasamos por callejones para llegar rápido.

Una vez dentro, Rita y Ricardo discutieron sobre lo que acababa de pasar. Rita con miedo y coraje decía:

—Es culpa tuya, lo convertiste igual que tú.

—Cálmate, ya era hora de que se hiciera hombre —dijo Ricardo en tono burlón.

—¡Acaba de herir a tres chicos!, la policía vendrá a buscarlo y lo tendrán tras las rejas. Entre lágrimas tuyas y mías, me abrazó y dije.

—Perdóname Rita por asustarte. Sé que no tiene perdón lo que hice, soy un cobarde, no sé porque llegué a hacerte caso Ricardo —me sentía terrible, pero a mí hermano mayor no lo podía perdonar.

—Ya vas a empezar siendo una niñita de nuevo. Ya ten pantalones para resolver tus cosas, sino serás un cobarde como Rita.

Me llenaron de rabia sus palabras arrogantes, al darme la espalda saqué la navaja:

—¡Muere maldito imbécil! —fue lo último que le dije.

Volteó rápido y cayó de espalda al sofá.

Yo de la vergüenza no pude ver a Rita, abrí la puerta y me fui sin rumbo, la culpa no me dejaba en paz. Corrí sin rumbo y sin voltear atrás.

Llegué al otro lado de la ciudad, ya era de noche. En un bar, me tomaron por la espalda, al voltear vi a Jorge el mejor amigo de Ricardo:

—¿Qué onda?, ¿qué haces por aquí? —dijo alegre.

—Vine a visitar a un amigo.

—A qué bueno, Pero ¿no crees que ya es tarde?, deberías estar en casa, si quieres te llevo, aquí está mi auto.

—No gracias, me quedaré a dormir en casa de un amigo —se me ocurrió.

—Ah está bien, le mandas saludos a Ricardo.

—Si, claro que sí —ya quería que se fuera en realidad.

—También a Rita, ella es muy inocente, me agrada por ser tan tierna, ¿Sigue trabajando ahí mismo?

—¿Sabes qué Jorge?, creo que sería mejor ir a casa, quiero ir a hablarle de algo a mi hermana —le dije, sus palabras me recordaron a Rita. Tenía que sacarla de ese lugar.

—Claro que sí, vamos.

Abordamos el vehículo y llegamos a casa. Estaban silenciosas las calles y la puerta se encontraba sin llave, abrí con toda seguridad y ahí fue cuando todo pasó.

Ahí estaban ustedes esperando mi regreso, Rita los había llamado. Jorge ayudó a mi hermana por supuesto, así es como me esposaron y me trajeron aquí. Traté de huir de la ley, por eso me encuentro aquí, tras las rejas, sin un futuro. La mayoría de los que estamos aquí, es por culpa de los verdaderos criminales. Como loro enjaulado.

# **Hannia Elizabeth Guzmán Molina**

Licenciatura en Químico Farmacobiólogo

# Hasta que los pájaros dejen de cantar

I ¿Por qué los pájaros cantan?

Una pequeña y su abuelo, sentados en una banca del parque de un pequeño pueblo, compartían sus vivencias, no tenían un tema de conversación en particular, siempre variaban, ya sea, sobre la escuela, los juegos y las aventuras que salían de la imaginación de ambos, su abuelo se encargaba de escucharla con atención y cariño, mientras ella con emoción le contaba sus anécdotas del día a día, en aquellas tardes de primavera, en las cuales todo florecía a pesar de la brisa cálida y el cielo azul, eso era lo que las volvían únicas. Ella solía llevar vestidos y faldas, con moños o lazos de distintos colores, en su castaño y rizado cabello, por otro lado, su abuelo, vestía con camisas y pantalón, lucía una cabellera blanca y arrugas que podían demostrar que una vida ya había pasado. Esa era la manera en la que todos los reconocían.

Una de esas tardes en el parque, se encontraban observando a los peces del estanque, este tenía un muro de piedra a su alrededor en el cual podían sentarse. De pronto un pájaro se posó sobre una rama y comenzó a cantar, pronto más de ellos fueron llegando y se unieron en un coro. La pequeña estaba fascinada con su cantar, y a veces llevaban arroz para alimentarlos, puesto que siempre los admiraban y se sentaban para poder escucharlos. Se quedaron absortos, hasta que su abuelo interrumpió la atmósfera.

—Hija, te has preguntado ¿por qué los pájaros cantan?

—No lo sé, abuelito —dijo con la mirada en la copa de los árboles—. Siempre que voy a la escuela los escuchó y se van volando. ¿A dónde van?

—Bueno —dijo su abuelo desviando la mirada hacia su nieta—. Los pajaritos viven en los árboles en familia, como nosotros y ahí es donde tiene sus nidos ¿lo ves? —señaló uno—. Cuando escuches a los pájaros cantar por la mañana, es porque le piden a dios que los guíe y cuide durante el camino, a donde sea que ellos vuelen, algunos se van lejos y otros no. Al atardecer vuelven a cantar, porque le cuentan a

dios todos los lugares que visitaron y lo que hicieron. Otros le dedican sus cantos para agradecer que volvieron a casa a salvo. De seguro ahora le están contando que estamos aquí, tal vez incluso le han dicho que venimos a darles de comer.

—¿De verdad? Si me porto mal ¿dios también lo sabrá? —dijo la niña con preocupación.

—Puede que si, por eso debes ser gentil con los animalitos y las personas. ¿De acuerdo?

—Si abuelito —contesto ella con una sonrisa.

—Hannah —dijo su abuelo —¿Qué tal si cerramos los ojos e imaginamos que dicen? Tal vez podamos decirle a tu madre lo que un pajarito nos contó —la pequeña se limitó a sonreír e hizo lo que su abuelo le dijo.

En eso pasaron el resto de la tarde. En su propia burbuja, siendo felices con tan solo convivir juntos, creando un mundo que solo ellos conocían.

## II Como te ves, me vi y como me ves, te verás

Una tarde, Hannah quería jugar a las atrapadas, comenzaron a correr, pero llegó un momento en el que su abuelo ya no se sintió bien, ese día regresaron antes de lo previsto a casa. Los siguientes días se limitaron a salir al patio delantero de la casa. Su abuelo se la pasaba en una butaca y ella se sentada en su regazo, con la cabeza recostada en su pecho, mientras veían las flores que habían sembrado con su abuela, a veces a ella le parecía un pasillo sacado de un cuento.

—Mi pequeña —dijo él, mientras ella despegaba la cabeza de su pecho y lo miraba con atención—. ¿Me cuidarás cuando ya no pueda caminar y sea tan viejo que ya no pueda ni levantarme de la cama y me tengas que dar de comer?

—Sí, abuelito, pero si ya estás viejito —dijo

—Como te ves, me vi y como me ves, te verás — repetía esa frase con frecuencia.

—¿Qué significa eso?, a veces dices cosas que no entiendo — hizo un mohín con los labios.

—No es necesario que las entiendas aún. Significa que yo también fui un niño alguna vez y algún día tú te verás como yo —contestó lleno de cariño.

—¡Ya quiero crecer, quiero ser igual de inteligente, sabes muchas cosas y cuentos, incluso eres mago! —exclamo ella. A veces solía hacerle trucos de magia con barajas y ella se emocionaba.

—Todo a su tiempo mi niña —dijo él.

Los días, se convirtieron en semanas y luego en meses, pero aquellos aventureros no volvieron a salir juntos. A veces ella iba con sus padres al parque, en las tardes o los fines de semana, ya que ellos trabajaban. A pesar de alegrarse de salir con ellos, no sentía lo mismo. Por eso, cada vez recogía algo para su abuelo, al llegar se lo mostraba y le contaba todo lo que había visto.

En ocasiones se pasaban la tarde en su recamara, viendo sus caricaturas favoritas, una de ellas era Heidi. Una tarde lluviosa de verano llegaron a un capítulo en el cual el abuelo de Nicolás, amigo de Heidi, estaba muy enfermo y fallecía.

—¿Cuánto tiempo más vas a estar enfermo? —preguntó ella preocupada.

—No lo sé —respondió, después se quedaron en silencio mirando por la ventana como la lluvia terminaba—. Mira un arcoíris —señaló su abuelo fascinado, ella se asomó y sonrió—. Si algún día no estoy, cuando aparezca un arcoíris será señal de que estoy muy feliz.

—¿Te vas a ir? —preguntó angustiada—. ¿A dónde van las personas cuando mueren?

—Bueno, eso no lo sé. De lo que estoy seguro es que es un lugar muy bello, lleno de flores y árboles, más allá del sol, la luna y las estrellas —de repente él presintió que el final estaba cerca. agregó—. Puede que un día no nos veamos más, pero eso es porque tengo que hacer un viaje, iré solo, ni tus padres, ni tú me podrán acompañar. Quiero que sepas, que yo siempre voy a estar contigo, aunque no me veas. Si me quieres mucho, yo siempre estaré aquí —señaló su corazón— voy a vivir justo aquí.

—Yo te quiero mucho —dijo ella y lo abrazó con fuerza.

—Entonces no me iré nunca —la estrechó en sus brazos.

Todo marchaba bien con la nueva rutina, después de la escuela, ella llegaba, le contaba los cuentos que su maestra le había leído. Le pasaba una almohada si lo veía incómodo, le hacía masajes en los pies si lo notaba muy cansado, le pasaba las cosas que se le caían de las manos. Le hacía compañía. Hasta que un día las cosas empeoraron, se lo llevaron al hospital. Las tardes en el parque, llenas de juegos e historias, desaparecieron, las sonrisas, los abrazos que solían compartir se volvieron sólo un recuerdo.

Hannah comenzó a preguntar a los adultos sobre qué había pasado, la única respuesta que obtenía eran lamentos y llantos. Su madre la apartó de la multitud y se acurrucó a su altura:

—Hannah —dijo con pesar.

—Sí —contestó.

—A tu abuelo le dolía mucho el pecho, estaba muy enfermo y para que dejará de doler tuvo que irse a dormir. Las personas a veces se duermen y ya no despiertan —su madre tenía lágrimas en los ojos y ella no comprendía. Su abuelo le había dicho que nunca se iba a ir. ¿Le habría mentado?

—Mi abuelo dijo que se iba a ir de viaje, ¿va a volver verdad? —su madre negó con la cabeza—. ¡Quiero ver a mi abuelito, dime ¿dónde está?! —gritó, pataleó, su madre la abrazó y la puso contra su pecho, ambas lloraron sin control, el dolor por la pérdida de un ser querido es algo inexplicable.

El resto de la tarde, no pudo dejar de llorar. Sostenía la mano de sus padres viendo el escenario, para ella todo aquello era nuevo, no entendía con certeza lo que sucedía, estaba confundida, los adultos decían que su abuelo se había ido al cielo y que no lo volvería a ver. Lo que no sabían era que el dolor que experimentaba iba más allá de no verlo, su abuelo era la persona en la que ella más confiaba, era el primero en darle los buenos días, el primero en cantarle las mañanitas en su cumpleaños, el que siempre la animaba cuando participaba en cualquier evento escolar, el que tomaba su mano cuando tenía miedo y le ofrecía un abrazo sincero para curar sus heridas cuando se caía al jugar. En Hannah quedó un vacío, una parte de su corazón se había ido con él...

### III Los mensajeros del cielo y las estrellas

Después del funeral, sus padres no lograban convencerla de salir. Les dolía verla triste, se quedaba horas en el cuarto de su abuelo, revolviendo sus barajas. En las noches, cuando entraban a su cuarto, sus padres la encontraban llorando, en esas ocasiones dormían a su lado, rodeándola con sus brazos, tratando de consolarla. Una ocasión, cuando su padre la tenía en su regazo, ella rodeaba su cuello con sus manitas y su cabeza escondida en su pecho, su madre estaba sentada a su lado, ya había dejado de llorar.

— Vamos, hay que dormir ya —pronunció su madre, levantándose de la cama.

Su pequeña levantó la mirada hacia su padre.

—Tengo mucho miedo. ¿Y si ustedes también se enferman y se mueren? ¿Me voy a quedar solita? — Ambos guardaron silencio.

—Estaremos contigo, hasta que tengamos el cabello tan blanco como la nieve — dijo su padre. Señalo las estrellas que se asomaban por la ventana —No temas, vamos a estar aquí, como las estrellas en el cielo, que cada noche aparecen, aunque durante el día no las ves. Te vamos a cuidar, hasta que todas las estrellas dejen de brillar en el cielo. Siempre te acompañaremos —dijo con cariño, así fue como contando estrellas se quedó dormida, segura de que a la mañana siguiente cuando despertara ellos seguirían a su lado.

La fragilidad e inocencia de los niños a veces no les permite comprender temas tan complejos como la muerte. Decidieron intentar algo. En la mañana, la despertaron temprano, antes de ir a la escuela, le dieron papel, lápices de colores y un sobre. Ella un poco desconcertada preguntó:

—¿Vamos a hacer tarea tan temprano? —dijo mientras sostenía los colores.

—No, vamos a escribir una carta para el abuelo —dijo su padre.

—¿Cómo le vamos a dar las cartas, si está en el cielo? —dijo ella

—Eso es muy fácil. ¿Sabías que hay pájaros mensajeros?, antes de los teléfonos, ellos eran quienes entregaban las cartas —dijo su madre mientras hacía el desayuno—. Ellos pueden encontrar a quien sea. Seguro que, si le escribes una, se la van a dar. La dejaremos en el

hueco del cedro que hay en el parque antes de que te vayas a la escuela.

La pequeña sonrió gustosa.

—¿Puedo hacerle un dibujo? Papi enséñame como se escribe una carta, quiero hacerle una muy bonita —expreso emocionada. Sus padres sonrieron y la ayudaron con la carta, antes de irse a la escuela la dejaron en el cedro.

—Cuando acaben tus clases, vendremos de nuevo. Puede que haya una carta del abuelo. —dijo su madre mientras caminaban a la escuela.

—¡Que emoción! —dijo mientras daba saltitos y tarareaba felizmente.

Se despidieron en la entrada con un beso en la mejilla y después su madre comenzó a escribir, lo que se convertiría en un intercambio de cartas al cielo.

*Abuelito,*

*Mis papis me dijeron que los pajaritos te enviarán mi carta. ¿Has estado bien? ¿Has visto muchos animales en tu viaje? Quiero decirte que te quiero mucho y te extraño.*

*Con amor, Hannah.*

Después de la escuela, Hannah se encontraba ansiosa, quería saber si su carta le había llegado, se preguntaba qué clase de lugares habría visto su abuelo en el cielo. En cuanto llegaron su madre la distrajo diciendo que cerrara sus ojos y ágilmente puso la carta dentro del hueco. Cuando abrió los ojos su madre la cargo en brazos y le pidió que revisará si había alguna.

—¡Ya la vi! —gritó con emoción dando saltitos—. Mami, dime qué dice, por favor.

—Está bien, tranquila —se dirigieron a una banca frente al árbol y comenzó a abrir el sobre—. Veamos qué dice —dijo mientras sacaba la hoja.

*Mi querida niña.*

*Perdona que no te haya escrito antes, donde ahora me encuentro, hay muchas nubes y a los pájaros se les hace un poco difícil verme. He estado en varios lugares. Pero quiero contarte que me he ido en lancha por un río, pero no como los que conocemos, es*

*uno de niebla y cambia de color, parece un arcoíris, ha sido mágico, he visto todo tipo de animales y plantas. Ojalá tuviera una cámara para enviarte fotos, pero estoy seguro que con la gran imaginación que tienes podrás verlos.*

*Con amor, Abuelito.*

Al terminar de leer la carta, la pequeña se la pidió a su madre y la examinó. Luego se fue a una mesa y comenzó a sacar su cuaderno y sus lápices de colores:

—Mami, ayúdame, tenemos que escribir otra carta rápido —dijo con emoción—, los pájaros vendrán más tarde. Quiero contarle al abuelo todo lo que aprendí hoy en la escuela.

Fue entonces que su madre supo que muy probablemente siempre lo extrañarían. Pero mientras mantuvieran su recuerdo vivo, el jamás moriría. Mientras Hannah siguiera teniendo presente a su abuelo, aunque fuera por medio de cartas, aunque no lo volviera a ver, mientras siguiera sonriendo, todo estaría bien.

#### IV ¿Hasta dónde puede llegar el cantar de un corazón?

Los años pasaron y el intercambio de cartas siguió su curso. En cada cumpleaños, encontraba una carta y una margarita en el marco de su ventana, su madre le decía: “por ser una ocasión especial, los pájaros la traerían hasta la casa”. Y ella emocionada las guardaba todas en una caja. En su doceavo cumpleaños, no parecía diferente, vio hacia la ventana y ahí estaba, como cada cumpleaños el sobre y la flor. Se levantó y la tomó. Luego fue al cuarto de sus padres, ellos al verla le hicieron espacio en su cama y ella se acomodó justo en medio de los dos. Luego con voz calmada les dijo:

—El abuelo me ha escrito otra carta, dice que a la abuela y él les gustaría ver cuánto he crecido —dijo apretando la carta contra su pecho—. Me ha dicho que te han dado una corona de flores para que la use hoy.

—¡Oh claro!, lo había olvidado, el pájaro la dejó por la noche en nuestro balcón —dijo su madre yendo a su buró para traerla.

—Mami, papi —dijo viendo al techo—. Ya no es necesario que las hagan —Su madre se detuvo y vio a su esposo.

—¿Hacer qué Hannah? —pregunto su padre nervioso.

—Ya no tienen que escribir las cartas, lo sé —dijo, mientras se sentaba, viéndolos a ambos—. No estoy enojada. Lo que quiero decir es...gracias. —dijo sonriendo, con lágrimas en los ojos.

En ese momento sus padres la envolvieron en un abrazo, a pesar de todo Hannah creció, tanto como para darse cuenta ella misma, que los pájaros no podían cargar tanto peso, que no podían llegar ni al cielo o las estrellas, pero si llegaron a su corazón y por eso, estaba agradecida.

Esa misma tarde después de celebrar su fiesta de cumpleaños, les dijo a sus padres que iría al parque. Ellos no se opusieron, era un hábito suyo, ya sabían lo que haría.

Llevaba su vestido favorito, uno azul de tirantes con flores blancas en los bordes, un moño en su cabello y su corona de margaritas amarillas. Al entrar al parque, una brisa la recibió y vio que los pájaros estaban llegando, apresuró el paso y vislumbró al cedro, aquel que había sido su confidente. Tomó asiento en la banca y los contempló, cerró los ojos, sonrió y susurrando como si fuera una plegaria dijo:

—¿Podrían decirle a mi abuelito que estoy bien?

Incluso a pesar de los años que habían transcurrido, seguía creyendo ingenuamente que en donde estuviera, el cantar de su corazón podría llegar.

#### V Lo que un pajarito tenía que contar

Han pasado varios años desde que esto sucedió, las estaciones siguieron pasando y el parque se llenó de nuevas personas, pero ninguna que apreciara nuestro canto como ustedes solían hacerlo. No supe que pasó con ella, un día simplemente dejó de venir, comencé a buscarla y volé hacia su casa todos los días con la esperanza de verla, pero al parecer ya no vivía ahí, así que dejé de ir, tomé la decisión de hacerle una canción en su honor, incluso si volvía a verla o no, me gustaba recordarla de esa manera.

Una mañana la vi, al principio me costó distinguirla, había crecido pero lo que siempre llamaba la atención era un moño en su cabello lleno de rizos. Llevaba a un pequeño en brazos y a su lado un hombre tenía su brazo enroscado en su cintura. De repente, se detuvo y me vio posada en una rama, comencé a entonar mi canción, estaba feliz de verla, aunque no lo supiera, sonrió, me señaló y le dijo a su pequeño:

—¿Te gustaría saber por qué los pájaros cantan?

Ahí estaba, la misma niña, de sonrisa brillante, cabellos rebeldes, con el alma inocente, pero los sentimientos de siempre, con un corazón tan grande que no dejaría de amar, hasta que todos los pájaros de su alma dejen de cantar.

# **Alejandra Jazmín Sánchez Pérez**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

# Cotard

Me llamo Joel, probablemente sea una manera poco convencional de comenzar a conversar, pero estoy muerto. Estoy muerto, te juro que estoy muerto, pero nadie me cree.

Hace seis años morí durante media hora por un ataque al corazón, en esta edad la muerte comienza a cortejarte. Mi familia lloró un rato hasta que desperté, fui a la cocina por algo de comer, eso de morir da mucha hambre. Dos meses después de esa primera cita con la parca, volví a morir, esta vez por una hora. Estaba con mi hermano, el doctor, él mismo me declaró muerto, mi corazón ya no latía, pero desperté una hora después, para meter la ropa porque comenzaba a llover. A lo mejor no estaba listo para morir.

Así seguí muriendo de a poco, a veces por todo un día, otras veces por diez minutos, ya nadie me creía, muchos decían que dormía, sin importar lo frío y tieso que me pusiera, los condenados siempre me ponían en algún lugar para que me despertara solo.

Cuando salía, mis sobrinitos me miraban de lejos y huían, dizque porque era un zombi, esas cosas son de gringos, lo creería si dijeran que me volví un espíritu chocarrero, es más, yo ni sería como esos fantasmas de las películas de terror Hollywoodenses, esas son gringadas, a lo mucho sería como esas apariciones que salen a tomar la luz de la luna, porque la del sol es dañina para la piel.

Este asunto de mi muerte es como la fábula de Esopo, la del pastorcillo, de tantas falsas alarmas ya nadie creyó cuando me morí de verdad. Esta última vez estuve tendido en mi cama por un mes, ya

apestaba, pero esos ingratos ni me compraron un ataúd, ni me cavaron una tumba.

Desperté para hacerme cargo de mi funeral, pero ya estaba muerto. No quería que me vieran despierto, solo para no darles la razón, por eso hice mis preparativos siempre de noche. Lo primero que hice oficialmente como cadáver fue comprarme un ataúd, uno en el que diera gusto estar, por suerte para mí, la mayoría de las funerarias trabajan las veinticuatro horas, por eso de que la muerte no descansa. Mira, si un día tienes que comprar tu ataúd te darás cuenta de su complejidad, hay unos forrados, otros son más durables, otros son pura caja. ¡Y la madera!, no sabes cuantos tipos de madera hay, que si el cedro, que el pino, parece que se jalan todo el bosque. Uno me gustó mucho, la vendedora me dijo “ayuda a preservar el cadáver por más tiempo y después de cerrado ya no se abre, para que sus difuntos no se escapen”. Pero yo soy una persona muy activa, aunque muerto no dejo de dar mis paseos vespertinos, ni pienso dejarlo, eso de hacer ejercicio no es solo para los vivos, si no, ¿por qué habría tanta alma errante?, por eso me alejé de ese ataúd.

Al final, como no me decidí, me mostraron un catálogo para encargarme el ataúd de mis sueños: uno durable, bonito, con portavasos, TV incluida, wifi y hasta aire acondicionado, con suficiente espacio para dos, por si alguien llegaba de visita. Ya sé que piensas “¿para que necesitas todo eso si estás muerto?”, te lo dije, soy un muerto muy activo.

Como faltaban un par de días hasta que llegara, aproveché el tiempo para buscar un espacio en donde cavar mi tumba. Te digo, esto de morirse bien es algo que requiere dinero, hice las cuentas, en los preparativos me gasté la mitad de los ahorros de toda mi vida,

hizo muy bien el que dijo “se vive para morir”. Compré un lugar en la parte antigua de la ciudad, en uno de esos cementerios olvidados que ya casi nadie conoce, lo hice para no causar revuelo, pero no sabes lo difícil que es para un muerto cavar su propia tumba, creo que va contra la ley natural de las cosas porque no pude ni empezar. Así contraté a un borrachín de los barrios pobres... un poco lejos de aquí porque todos los que quedaban en la calle en estos barrios solo se ponían pálidos y salían corriendo gritando el padre nuestro o el ave maría, la gente de hoy en día es muy devota.

El borrachín se llama Pedro. A Pedro no lo veo desde hace una semana, cuando terminamos de cavar; él es de esos hombres que rompió el molde, un hombre de esos a los que es difícil calar, a veces decía cosas muy inteligentes, sobre la banca o hablaba largo y tendido sobre política, podía mantener un monólogo sobre ciencia hasta el amanecer, después decía cosas estúpidas, pero creo que esas las decía el alcohol.

Pedro había estado ebrio por tres meses ininterrumpidos, desde la muerte de su esposa, para lograrlo sin tener una congestión alcohólica hay que tener talento y un hígado de hierro, así que también era talentoso. A este individuo talentoso e inteligente era difícil no tenerlo en alta estima, mi aprecio por él era bastante. Además, era viudo, yo creo que, aunque no todos los viudos son buenos, si lo son casi todos porque a esos no los dejaron porque querían.

Como de todas formas yo no podía cavar y Pedro era un hombre confiable con un ritmo de trabajo que iba de diez golpes con la pala, un trago de su botellita, la mayoría del tiempo lo dejaba cavar solo mientras me daba mis vueltas para conocer a mis vecinos.

Mis vecinos, ¿Qué te digo? Son bastante excéntricos pero los que tienen más presencia son Martita y Luis. Martita es la mujer más hermosa que he visto en mi vida... o muerte, ya la había visto de lejos, si te digo la verdad, por eso me compré el ataúd para dos, por si algún día la convencía de mudarse conmigo. Ella no es una belleza convencional, no señor, su piel es pálida al punto de ser casi blanca, su cuerpo es delgado llegando a ser casi seco, pero también inesperadamente frágil, como si tocarla un poco haría que se desvaneciera con el viento, sus ojos negros parecen contener la encarnación de la oscuridad misma, anda por el cementerio con un maquillaje pesado.

La mayoría de las noches puedes ver como Martita se va de fiesta, pero es comprensible por su edad, tendrá unos veinte años, los eternos veinte ¿No es ese el sueño de muchas mujeres?, por cierto, eso no me hace un viejo rabo verde detrás de una jovencita porque ella lleva muerta la mitad de lo que duró mi vida, en todo caso diría que me enamoré de una mujer mayor.

Cuando intenté preguntarle a Martita su edad exacta volvió la cara y los hombros le comenzaron a temblar, el sonido de su risa era claro y limpio como el repicar de las campanas, pero te juro que me puso los pelos de punta, luego volteó, mirándome con el maquillaje corrido por las lágrimas y una sonrisa más falsa que el bolso *Prada* de mi hermana.

Esa vez tuve tantito miedo, ese tipo de bellezas a veces asustan, la mayoría están bien locas, mi abuelo decía que mientras más bonita fuera tu esposa más loca se ponía después, creía que era por el trauma que le había dejado el ser perseguido con una escopeta por mi abuela, pero ahora creo que tenía la boca llena de razón.

Martita lleva un vestido blanco puro, en ocasiones hay un par de puntos rojos pero no hay que decírselo porque se enoja, yo no sabía y le decía, pero ella me miraba ofendida, Pedro se lo dijo un día y no volvió más, a lo mejor se asustó por ver a una belleza con ansias de matarlo o tal vez no veía razón para regresar porque ya había terminado de cavar, o a lo mejor Martita lo alcanzó y lo desolló como la vi intentando la otra vez, es una lástima porque ya lo consideraba un amigo, pero lo más seguro es que ella lo haya dejado ir solo medio muerto y ha de andar por ahí bebiendo.

Volviendo a lo de la bella Marta, cuando conocí a mi otro vecino, Luis, me explicó que es porque la apuñalaron y se le sale el relleno, eso la acompleja, ya después me disculpé y le dije que es hermosa sea como sea, ella me dirigió una mirada coqueta y asintió cuando le pregunté si quería ir a ver televisión cuando llegara mi ataúd, no habla, le cortaron la lengua.

Luis es un anciano un tanto castroso, cada que sale puedes ver que emana un aura que grita “soy mejor que ustedes, miserables campesinos” tiene una pipa y un acento inglés que me castra, su tumba es la mejor cuidada del lugar, la única, su nieta lo llega a ver cada dos días, parece que el vejete encontró la manera de colarse en los sueños de su nieta, para molestar asustando a una jovencita, que hombre más desagradable. Pero ya no me cae tan mal porque va a comprar el espacio de Martita cuando ella se mude conmigo, si se anima. Pero bueno, así son las cosas.

Aunque quería mantener lo que hago en secreto al final con tanto salir a diario uno de mis vecinos fue a preguntar a mi familia y ellos para cubrir todo mi ajetreo se inventaron que era sonámbulo, así que cuando los vecinos me veían salir solo decían “Pobrecito Joel”

con esa voz chillona de vieja chismosa que vieras como molesta al que la escucha, y yo para seguirles el juego me salía con mis pantuflas y mi bata de dormir, nomás para incomodarlos. Gracias a eso recordé que todavía no tenía traje, te digo que eso de morirse requiere todo el trámite, hay que ir de gala, un funeral es como una boda: un suceso puramente burocrático. De hecho, en mi boda hubo menos gente que hoy en mi funeral, solo llegaron el papá de mi exmujer para apuntarme a la cabeza con una pistola hasta que firmara y mi mamá que lloraba “No mates a mi hijo”, ese día mi ex mujer solo se reía mientras me susurraba “No que no te ibas a casar”, yo ya no le contesté por eso de que no hay que enojar a las embarazadas y ella estaba MUY embarazada, un mes después nació mi único hijo: Carlos.

En fin, que me pasee por las calles en pijama buscando un traje, algún día tienes que hacerlo, la gente te regala dinero y se vuelve amable, además respetan tu espacio personal en el metro, no hay duda de que la ropa hace al hombre. Cuando todo estuvo hecho metí el ataúd en un taxi que pasaba por ahí, el taxista estaba más pálido que yo y yo estoy muerto, creí que éramos colegas así que le pregunte “¿Usted de que cementerio viene?” pero el pobre comenzó a llorar desesperado, sin dejar de conducir, eso sí, bastante profesional el hombre, yo creo que no puede alcanzar el descanso eterno porque no lo enterraron ¿Por qué si no lloraría al preguntarle?, le pegué donde duele, me sentí culpable y por un momento quise ayudarlo pero cada persona tiene sus problemas, mírame a mí, que tuve que orquestar mi propio funeral, y a ti escuchándome en medio de la noche.

Debes estar acostumbrado a estas cosas ¿Comenzaste hoy a velar este lugar? ¿Fue por el alboroto que armé? No, no me digas.

Pero agradezco que hayas llegado a asistir para mi funeral. Ya que no hay nada más deberías irte. No es que te esté corriendo, pero es que estoy muerto, naturalmente debería comenzar a alejarme de los vivos, no hay necesidad de que me mires así. ¿Mi familia? No les digas nada. No voy a salir de este lugar ¿sabes? Mira, estoy tan muerto como puedo estar. Estoy muerto, mi piel esta casi helada, mi corazón es casi mudo, de pronto da un pequeño salto leve, casi imperceptible, como si fuese de puntillas para no causar alboroto, bueno, supongo que tienes razón y solo estoy casi muerto.

Este “casi” realmente lo vuelve doloroso, esto de intentar descifrar la muerte desde este estado que se deriva de ella es desesperante, como el lector que busca en la película una sombra de la obra original. Suele llenarme de angustia. ¿Loco? Tal vez lo estoy, quien sabe, eres bastante cruel ¿no es cierto? Pero está bien, es una característica de los más vivos, tienes derecho. Pero ya es tarde. ¿Te vas? No te acompañaré a la salida, no te compadezcas, ya hiciste bastante asistiendo hoy.

# **Jaime Gustavo Gómez Velázquez**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

# Apuntes de una terminal

*A Copainalá*

Ahora frente a mí no tengo un espejo, tengo el rostro de la soledad; aunque algunos dirán que la puerta de la terminal da a mi reflejo, aunque también refleja a esa mujer de cara aburrída, o a todo mundo, sé que es más que solo una puerta con vista a la explanada de Copainalá. Veo mi reflejo y puedo afirmar que este momento es la parte triste de cada viaje: toda la euforia y locura anterior, se quedan en esta ciudad, mi huida terminará tan pronto como suba a la urban.

Dejé de hablar. Las personas se fueron. Entran filas de visitantes ajenos. Se agrupan en manadas que van directo a la caja para comprar boletos, los asientos se acaban y de momento las personas se van, cuando eso ocurre solo existe un paso que debo seguir: necesito escribir para capturar el movimiento de aquí, por eso aparecen estas líneas que de alguna forma (que no puedo explicar) son un registro, un monólogo interno que en pocos detalles muestran una vida o muchas a la vez.

¿Qué sabré de la vida? tal vez nada. Soy un vigilante, un testigo anónimo en este espectáculo vespertino de las vidas ajenas. Veo y escribo. Lo hago de nuevo. Veo, describo, anoto lo descrito, noto lo anotado y regreso a ver para continuar escribiendo, para continuar vivo.

La primer Urban llega a la estación. Faltan dos carros más para irme a Tuxtla. Me emociona, no me desespero, todos los rincones del mundo respiran, no hay sitios muertos, no hay sitios que respiren, en este se siente el olor de sudor colectivo, desde que entré noté esa

forma pasiva que hay para mezclarse entre el cumulo de gente; pegué mi boleto y me senté a escribir.

Es fácil adivinar a qué huele, como tierra, sudor, cansancio. Mi reloj tiene mal la hora dice las tres veinticinco, pero no me engaño, sé que son las seis con siete. Parece que el taquillero sobrevendió los boletos, la estación parece estar en balance, el movimiento se aquietó. Una mujer entró a la terminal, es una mujer con muy poco o casi nada de interés. carga sobre el hombro izquierdo un bolso mediano, sin distintivo alguno, tal vez lo eligió así porque no lleva muchas cosas con ella; no se ve así. A lo mejor lleva lo justo para la vida de una mujer sin ataduras: lo suficiente para ella y nada más.

Es extraño lo que voy a afirmar, tal vez ni siquiera tenga sentido: “en algunas ocasiones, las personas más aburridas a la vista son las que albergan más riqueza de espíritu y deslumbran más que un espejo al sol”. Tiene que ser ese el caso, o sino al verlas no pensaría:

—Sí, ahí va una persona normal.

Eso siempre me tranquiliza, los poros de la piel en mi cara se liberan, y la postura erguida se vuelve blanda. Ser testigo (en primera fila) es un privilegio de la naturalidad que no tengo, me persigue por todos mis horizontes y me atrapan en cada uno. Me hacen creer que cada persona me ve y piensa:

—Qué tipo tan extraño. Terminó de vernos, bajó la mirada a su reloj y anotó algo en su libreta.

Tal vez no sea así, o quizá hay más. El sujeto a lado mío es la persona que más tiempo lleva en la terminal, creo que es la única que se ha dado cuenta de lo que hago y no le importa, tampoco lo

anunció a otra persona. La señora frente a mí sí se dio cuenta, pero no se quedó quieta hasta confirmarlo. Quizá me vio y dijo:

—Sí ¡ahí está! Lo hizo de nuevo.

El taquillero (ya tiene tiempo fuera del puesto) regresó, se acomodó discretamente el pantalón y después se sentó en el banquillo. Ha de estar cansado de estar parado afuera. Enciende las luces de la estación, aun no está tan oscuro, pero hizo el ambiente ameno.

Ha pasado un rato. Nadie ha llegado. Hasta el taquillero se fue otra vez, fue a limpiar el baño en la parte de atrás. Afuera en el parque hay un montón de gente: copainaltecos y tecpatanecos y alguno que otro colono de las rancherías cercanas, todos ellos hacen un círculo alrededor de una batucada, o quizá sea el ensayo de la misma, no estoy seguro de eso: se escuchan tres golpes rápidos y uno largo que da el remate a lo anterior.

—¡Tun, tun, tun... tuuun!

Esto mismo se repite durante minutos extensos. Me distraje durante el ruido, me quedé como aturdido. Descuidé los eventos de la terminal.

Un hombre salió del pasillo que conduce al baño. El taquillero (quien sabe dónde andaba) entro a la estación, hizo su ritual para sentarse en la silla, abrió la caja para comprobar la cuenta del día, algo nuevo: cerró la puerta de la taquilla con él dentro. Para este momento es inútil hacerlo, es decir ¿habrá alguien dentro de la terminal con ganas de robar la caja para después tener que huir en un ecotaxi? Sí es así, quiero saber quién.

La primera urban se prepara para salir. Faltan dos más para que pueda irme a casa, afuera oscurece ¡carajo! Estoy cansado de

escribir, es lo más real que he hecho. Hubo una pausa, la terminal se vació por un momento; apenas pestañeeé y las personas frente a mí se esfumaron de sus asientos, fue tan rápido. Si uno se queda estancado mucho tiempo es natural querer escapar. Eso sucede todo el tiempo. Hay un miedo anegado al sentimiento de fugacidad, hay temor y asombro de atisbar la libertad, siempre nos regresa a nuestras ataduras: la casa, el trabajo, una mala relación, un lugar, un mal pensamiento. Todas estas cosas son habitaciones mentales.

He visto animales (perros y mulas) que han demostrado esta referencia, están encadenados y solo pueden ver a sus amos irse sin poder imaginar el mundo que hay pasando los límites de la vista. Siento pena por aquellos que nunca conocieron la libertad de correr por el campo, ir sin rumbo, sin temer que un amo los vea con ojos de posesión ante ellos, debe de haber justicia para la libertad: imagino que debe ser un instante luminoso. En un instante estás atados y al siguiente sus ojos se asombran por la libertad, al saber que ahora pueden conocer el otro lado de la cerca... deciden huir, se lo que necesitan ser. Abandonan su puesto de feroz guardián, vigía, fuerza de carga, peón mal pagado. Correr. Pasado el tiempo se dan cuenta que no saben a dónde han llegado: no se reconocen, peor aún, no saben qué hacer.

El consuelo que existe para los seres aterrados por la libertad es regresar al lugar donde estuvieron cautivos. El amo los busca. El amo, ante los ojos del animal necesitado parece ser piadoso y digno de poseerlo. Lo alaban, y como único acto razonable, regresan con él. Una vez ahí tienen dos opciones: estancarse o morir. Con ello se puede concluir que todo el mundo es igual, mejor dicho, todos nosotros somos iguales cuando tenemos miedo.

Por fuera es igual que dentro ¿afuera no es adentro? Los espectáculos son tan llamativos, su música es magistral. Aunque en mi posición cualquier espectáculo es muy interesante: batucada, persona, u otra cosa.

Ha pasado buen rato sin que escriba, cinco o diez minutos, o más que eso. Acaba de llegar un hombre robusto, llevo con actitud seria, me parece extraño pues tiene cara de muchos amigos; sus rasgos lo dicen, la nariz rasgada, los ojos calmados, la voz tranquila denotan armonía. Creo que, en otro momento, uno menos oportuno, podría acercarme a él y pedirle una pequeña cantidad de dinero, y él con total seguridad me la daría. Lo haría sin pensar en lo que ello significa para mí. La última vez que conocí a un hombre así se llamaba Antonio, fue un momento fugaz, estaba en Tuxtla y me hacían falta dos pesos para completar el pasaje del colectivo, subí y un viejo me los entrego en la mano. La playera de este sujeto es extraña, es morada, se ve que lo fue, pero de tanto usarla se quedó de un tono azul pálido.

Nada más pasará... cerraré la libreta y dormiré esperando a irme.

## **Las cosas que suenan en la memoria**

La época en la que se realizan grandes fiestas familiares, había terminado dos meses atrás: ya era febrero. Ese hecho no impidió que las calles principales, y más glamurosas del centro de la ciudad se apagarán por completo; de hecho, era lo opuesto. Mis ojos subían a las alturas para ver como los edificios más importantes y frecuentados estaban adquiriendo tonalidades blancas. De modo que una serie de luces (muy divertidas) estaban parpadeando rítmicamente en una cadena orquestal. Cuando parpadeaba se quedaban grabadas dentro de mis corneas unas figuras fantasmales venidas por la danza de esos foquitos, de modo que, siempre encontraba alguna cosa que no conocía incluso cuando no veía.

Claro que esto no significa, ni es nada notable para la historia que les voy a contar: tan solo quería referir las noches, porque siempre he sentido que estas pasan por encima de mí como sabanas que tapan una estatua, y no le permite apreciar mucho de alrededor. Hubo, hacía tiempo, una época mucho más complicada que ahora; era joven. Entonces tan solo tenía veinte años, y a mi amigo Ramiro, el cual, siempre me acompañaba a las fiestas: nosotros teníamos ganas de alborotarnos hasta ver alucinaciones todo el tiempo. Queríamos ponernos en movimiento, pues pensábamos que sino hacíamos este “mandado divino” alguno de los dos (o ambos) podría morir por la falta de excesos. Creo que la diversión es como un elixir eterno. Siempre hay alguna voz que reirá dentro de nosotros.

Cuando eso pasaba eso, partíamos al famoso “Salón Idis”, donde ahora hay una farmacia llamada “la del genio”. Ese lugar era donde maravilloso: todos los asistentes de las fiestas estaban

mareados por el uso de polvos tóxicos y bailan en la pista como guajolotes revoloteando el polvo del suelo con sus alas.

Las fiestas siempre duraban dos días, en este sitio se tenía la gracia de cerrar las puertas a la una de la mañana; y después de eso nadie más podía salir, comprar o decir algo. Así que todos se convertían en huéspedes; y sus trajes elegantes y exclusivos se convertían en ropas para dormir.

Nosotros nunca pudimos dormir mucho: permanecíamos tumbados en el suelo de alfombra roja, nos quedábamos despiertos hasta pasada las cinco. En cuanto alguien (un cadenero o alguien de staff) comenzaba a despertar a todo el mundo, volvimos a ser simples piezas con movimientos torpes y esporádicos. Una serie de personas también salían y la calle se convertía en un auténtico desfile de peonzas.

Caminábamos unas veinte calles para ir al cuarto donde rentaba Ramiro. Cansados. Dormíamos por unos dos días, y siempre nos despertaba el hambre; o el deseo de excedernos. -Pero todo lo anterior son mentiras-, nunca pudimos, ni hemos podido seguir el ritmo de la fiesta por tanto tiempo. Aunque eso no significa que estuviéramos del todo cansados, cuerdos, o coherente. En realidad, nunca nos repusimos del todo; todavía me río sin en el silencio, sobre todo cuando es hora de calentar tortillas en el microondas: en una ocasión dejamos olvidadas unas tortillas sobre la mesa, estaban envueltas en el mismo papel azul donde nos las entregaron. Y nosotros, hambreados, sonámbulos, estábamos quietos. Cada experiencia está vacía, cada cosa son recuerdos incompletos de algo. Y Todo aparece en la medida que uno lo vive.

Por eso nunca me pareció extraño escuchar a Ramiro decir cosas como que: “anoche había personas que tenían la piel seca y rasca. Y, poco a poco se fueron transformando en enormes sapos con piernas cruzadas”. Lo que teníamos, ese ambiente, era cómodamente azul: cosa que nos inspiraba a platicar sin orden aparente, sobre las alucinaciones fuertes que nos daba el hambre. Estas son la peor clase que existe. Para entonces las tortillas seguían sin estar calientes, y nosotros sin comer. No pensábamos ni mucho ni bien.

Uno de los dos dijo con tono similar a cuando se ha inhalado una peligrosa cantidad de humo:

—Esparcidas, debes esparcirlas por el área completa del papel a modo que todas las tortillas juntas hagan un disco que al momento de reproducirlo sea capaz de tocar una música universal.

Después de esto caí en un sueño inesperado del que me desperté unas cuatro horas después. Ramiro se había ido. Poco a poco me iba recuperando hasta andar nuevamente. Salí de su casa y nos volvimos a ver la noche siguiente, como lo hemos hecho hasta ahora.

# **Miranda Belén Higareda Pérez**

Licenciatura en Ingeniería Física

# Amelia

Aún recuerdo el día que llegó. Lo viví como en una ensoñación. Mis sentidos estaban a lo lejos, mi cuerpo ausente. Solo el miedo y la añoranza, inexplicables, eran lo único que mi yo consciente percibía. Amelia era su nombre. Vino en una carroza con detalles plateados. La acompañaba una multitud con arreglos de lirios, rosas blancas, listones de colores opacos y azucenas. También músicos, que tocaban una balada lenta, en sintonía con los pasos que daban aquellas figuras de atuendos oscuros. Alcancé a escuchar los lamentos entre las flores:

—¡Amelia, mi muchachita! Pobre mi niña.

En mi sueño, no tenía el típico aspecto de los muertos. Su cabello, como finos listones de seda, cubría sutilmente sus mejillas. Solo comparable al fulgor de las estrellas, era su radiante rostro de porcelana. Sus pupilas gigantes, como agujeros negros, revelaban un destello único y eterno. Estaba llena de vida. Le gustaba leer, caminar en el parque, jugar a las escondidas. Era alegre, sensible, de sonrisa perenne. Etérea. Inmune a la tristeza del mundo, al continuo declinar de los días, a la violenta terquedad de vivir. Porque no tenía de qué adolecer su cuerpo ni su espíritu.

Desperté por completo entonces y observé desde mi ventana. La enterraron a pocos metros de aquel muro. Seguían los llantos, los coros, mientras echaban sobre ella montones de tierra, bloques, cemento. Finalmente, una cruz de madera. Encerraron su cuerpo en ese cuarto oscuro.

Mi casa estaba frente al cementerio de la ciudad, que se encontraba rodeado de refaccionarias, tiendas de plásticos, venta de chatarra y vecinos iracundos.

En cuanto a los entierros, eran casi siempre los domingos. Una inusual dinámica familiar, entre mis padres y yo, era reunirnos esos días en el balcón a escuchar la música que traían para los difuntos. El sonido de guitarras, trompetas o violines era todo un espectáculo. Fuera de eso no había nada qué compartir en familia, más que la comida, el baño, el buenos días y las buenas noches.

Crecí sola, pues cada compañía de mi vida desapareció sin aviso. Mis peluches se perdieron, mis mascotas murieron y los que fueron mis amigos, eventualmente, dejaron de serlo. Por lo que decidí llevar exilio autoimpuesto entre libros de temas diversos, hojas sueltas de papel donde escribía toda clase de abstracciones, o delirios, con la radio sonando de fondo todas las tardes. En las noches apenas dormía. Y pálida, drenada de mis energías, era ya un esqueleto sin ganas de levantarme de la cama, a causa de una enfermedad que desde siempre me desgasta y me quita el sueño conforme se agrava.

Vi, por muchos años, rostros de pena, ir y venir, para luego no regresar. Aquellos que un día morían de tristeza por la pérdida, cedían ante el olvido. Ese olvido que seca las flores de las tumbas. Me pregunté si también a ella la olvidarían. A esa niña que se sentía sola.

Las luces de la calle iluminaban la cruz de Amelia en la neblina. Solo a esa cruz de madera con su nombre: Amelia. Que en el insomnio me llamaba, al reparar en la infinita calma que provoca ese nombre escrito, en una tumba. Amelia. Como el eco nocturno de los murciélagos, susurran las paredes. Amelia. Cae un profundo sueño

sobre mis parpados fríos. Amelia. Respiro el perfume del aire. El aroma a tierra y a flores secas. Encuentro ahora el destello que se extingue en el horizonte de mis ojos negros. Amelia, querida ¿quién te recordará después?

# **Sebastián Sarmiento Palacios**

Miembro de la Comunidad universitaria

## De intenciones reproductivas

El otro día, Martín dijo, “¿Viste a la tipa que estaba sentada?”

Desde que estacioné el carro vi la cantidad absurda de adolescentes en el parque. Recordé las tardes de mis catorce a diecisiete, en casa o al salir de la escuela. Lo que describí entonces como ganas de aventura, que sólo fue un deseo insatisfecho por algo que, ahora, parece una década. Las aventuras llegaron luego y creí que era demasiado tarde. Ahora se siente lejano, pero no lejano de una forma nostálgica, sino el lejano que me da sudor de manos y dolor de estómago y me hace pensar que, quizá, ahora sí es demasiado tarde o que pasó demasiado tiempo para seguir creyendo que puedo volver cualquiera de estos días a vivir más o menos las mismas cosas que quería hacer a mis catorce a diecisiete años.

Me distraje prendiendo el Bluetooth de mi teléfono porque había dejado una canción a medias, no por accidente, sino para demostrar, una vez más, mi buen gusto musical, variado por naturaleza, no para impresionar a alguien—aunque yo sabía que era la clase de buen gusto que te permite darle el teléfono a alguien más y preguntarle “¿Quieres poner algo?”, a lo que respondería, “No, lo que sea está bien”, y yo diría, con la humildad que sólo te puede dar esta clase de buen gusto, “¿Seguro/a?”—, pero en realidad era una decisión estratégica y calculada para asegurar mi lugar como el DJ de facto en nuestras reuniones.

Volteé a ver al parque otra vez, para asegurarme que no hubiera alguna tipa sentada sola y mi pregunta sonara estúpida.

Le dije, “¿Qué tipa? Hay como mil tipas”. “Pues, la tipa, la de la banca a mi lado.” Me dijo.

Acerqué la mano a la guantera. Pensé que Martín haría algún chiste acerca de querer tocar su entrepierna, pero estaba viendo su teléfono y no le importó. Saqué una laminita cortada, con los *Percs* (u *Oxys*). Quería empezar a tomarlos para que el *high* no acabara demasiado tarde y pasara otra noche sin dormir.

Martín dijo, “La vi llegar con su novio adolescente. Juega fútbol. El pobre idiota la dejó sentada, fue a saludar a sus amigos y la ignoró completamente el resto de tiempo. El imbécil se fue a jugar. Básicamente, ella llegó a verlo jugar.”

Puse mis *Percs* (u *Oxys*) en mi mano y le di a Martín el resto de la laminita. Supe que tomarlas en seco era lo que él esperaba de mí, pero yo quise beber un poco de la lata de *Pepsi* con la que él subió al carro y usó para tragar sus pastillas. Sacudí la lata para descubrir cuánto quedaba. Era poco más de un trago de refresco tibio.

“La primera vez que hablé con Majo acerca de tener hijos, me dijo que no estaba segura. Las últimas veces que nos hemos visto, es la que me dice que quiere hijos conmigo.” Me dijo. “Ella saca el tema.”

Era imposible que no recordara en ese momento la última vez que alguien me dijo eso —querer tener hijos conmigo. También, la primera vez que alguien me lo dijo, era otra persona—. Recordé esa imagen precisa, casi tangible, de mi futuro inescapable. Alguna tarde de cualquier día del año, agotados, cuidando de un niño pequeño que intentaba imaginar mezclando el conjunto de rasgos de mi pareja y los míos, en una casa hipotética, pequeña, con luz cálida, con trastes sucios y juguetes regados. Esos días en los que el tiempo sólo fluye y

esperas más o menos lo mismo para el día siguiente y la semana siguiente. Únicamente, después de años, lo recuerdas como una época decisiva, de acciones irreversibles. A veces lo imaginaba con emoción, con ansias, otras veces con angustia porque parecía demasiado lejano, o cada vez más cercano, o creía que no era lo que yo realmente deseaba. Sin darme cuenta, todo aquello se volvió distante. Imposible. Un dulce recuerdo de otra época y sus sueños.

Me dijo, “Cuando eres adolescente te interesan muchas cosas. Tener novia es solamente una de ellas. Para las mujeres no es igual. Maduran antes y lo único que quieren es tener a alguien. Pero los tipos tienen la mente en varios lados, como el imbécil que se fue a jugar fútbol. Sólo quiere el chance de sexo. Ella se hartará y lo dejará.”

Le dije, “Va a salir con alguien mayor.”

Me respondió, “Va a salir con alguien más, que la trate distinto y el tipo no sabrá qué pasó”.

“Puede ser. Con suerte, un día se dará cuenta y poco a poco se convertirá en el tipo mayor, que sí sabe qué hacer.” Le dije.

Me dijo, “Gracias a dios, ahora yo puedo ser ese tipo y salir con Majó o alguien más. Saber lo que necesita y estar en esa ventana de tiempo para salir con ella, aunque luego la deje por otra o ella descubra que quiere otras cosas.”

Escuché los gritos rasposos y las risas de los adolescentes en el parque. Me pregunté si alguna vez había tenido la misma voz que todos los hombres parecemos compartir en cierto punto de nuestras vidas. Me di cuenta que la música apenas sonaba y la dejé así. Prendí el carro y me eché en reversa para salir del estacionamiento. También prendí un cigarro y recordé que ya no era un privilegio

poder fumar dentro, pero lo fue cuando mis papás me prestaban su carro y no podía hacerlo, a menos que el alcohol o las drogas me dieran el valor o la desinhibición suficiente. Cuando, probablemente, estaba en problemas más serios y el descubrir olor a cigarro dentro de su carro era un mal menor. Había soñado con momentos como este, se veían tan lejanos como otros sueños de mi pasado.

Acerqué la cajetilla a Martín y le pregunté “¿Quieres uno?”. Él me dijo, “En un rato”.

**Hannia Isabel Juárez Pérez**

Licenciatura en Ingeniería Física

## Luna de Ciervo

Amanecía, el rastro dejado por la lluvia reciente envolvía al campamento. Todos los hombres tenían sus tareas asignadas: algunos partían a la caza, otros se ocupaban de preparar los caballos y levantar las tiendas. Entre sus siluetas barbáricas, una figura grácil y femenina contrastaba feroz. Adaní Rü, la líder de los hijos de Narath, salía de discutir la ruta a tomar hoy con Xeos, su segundo al mando. Su voz severa y mirada fría comandaba el tomar posiciones, era momento de partir.

Aún faltaba un buen tramo en las montañas antes de llegar al punto estratégico, desde el cual planeaban tomar al fuerte del norte. El tiempo siempre era crucial para el ataque, especialmente entre los aguaceros que caracterizaban la temporada y la agresividad del bosque, con sus accidentados relieves, noches frías y húmedas madrugadas. No podían permitirse demoras, a pesar de tener las botas embarradas de lodo y la mente fría tras los continuos chaparrones desencadenados por las gotas acumuladas en las ramas de los árboles.

Desplegados a su mando, Adaní reflexionaba sobre los soldados que la acompañaban. Los hijos de Narath, alguna vez fueron parte de un pueblo nómada, mercantes en caravana, gente alegre y trabajadora. Sin embargo, cuando la muerte enviada por el rey arrasó con todo lo que alguna vez conocieron, pasaron de jugar entre los carros de mercancía, a ser bandidos, persiguiendo carruajes de nobles o mensajeros de la corte. Pronto, campesinos y mineros, explotados y sin recursos, se unieron sin dudarlo a la idea de

derrocar a aquel, fuente de todas sus desgracias, y el grupo de bandidos creció hasta volverse un ejército rebelde.

Aprendieron a robar, pelear, lastimar y destruir. A sobrevivir, ocultándose en las montañas, resistiendo la vida dura, leyendo las adversidades del paisaje. Y aprendieron a persuadir soldados, de ayudarlos, de ser espías y enseñarles a matar antes que morir.

A la media tarde, mientras descansaban los caballos y comían frente al fuego, los alcanzó uno de sus mensajeros.

—Mi señora, el campamento de los soldados del rey está del otro lado del río — le comentó apurado. Parecía que de alguna forma presentían la emboscada de los rebeldes, sabían que si querían continuar con su plan debían de adelantar el paso.

Retomando la cabalgata de inmediato, se comandó un cambio de ruta y una reducción de los descansos, habían de aprovechar la mayor cantidad del día como fuera posible si querían entrar en los peñascos.

Con la noche entrando, ya habiendo encontrado un lugar adecuado para acampar, Adaní desmontó su caballo, mientras observaba a sus subordinados hacer lo mismo. De entre ellos, un joven esbelto y de cabellos alborotados se le acercó con una sonrisa.

—¡Sairtre! Hoy es la luna de ciervo, Sairtre, deberías fajarte el cinturón, la hora destinada se acerca —anunció mientras, posándose a su lado, le ayudaba a instalar su tienda.

—Luna de gusano, luna de sangre, luna de flores y ahora de ciervo. Deberías de pasar con Iruk que es buen médico, quizás así dejes de ver cosas raras en la luna, Izra —le contestó ella con voz suave, con algo de desprecio.

—Sairtre, tu padre, también solía esperar esta luna con ansias. ¿No crees que es de sabios observar al cielo?

—Mi padre esperaba la luna de julio porque creía que traía agua a los sembradíos, no que trajera niños herederos de los dioses. No puedes llamarte sabio si solo esperas un milagro.

Una sonrisa se reflejó en el rostro del joven antes de contestarle:

—No es solo un milagro. Ese niño fortalecerá nuestro pueblo, como esta luna fortalece las astas de los ciervos para las peleas y las lluvias para la fertilidad de los suelos.

Adaní rodó los ojos antes de entregarle las cuerdas de la tienda y retirarse, ignorando su último comentario.

—Trabajas muy lento Izra, es una molestia.

De entre sus hombres de confianza, Izra le representaba un caso aislado. Si no fuera por su afinidad de meter a los dioses en todo, estaba segura de que sería su mayor consejero. Y aunque para el resto del grupo siempre había representado una figura de sabiduría y protección espiritual, tantos años de conocerlo nunca la acostumbraron a entender su forma de ver el mundo. Aun así, él nunca le había obligado a hacerlo, simplemente proseguía con su trabajo como sacerdote siguiendo al “Sairtre”, el líder de Narath como la tradición lo dictaba.

Tomó un ánfora de alcohol y se sentó a observar la luna que su compañero le mencionó. Lo observaba a la distancia intentando domar a su caballo, parecía olvidársele que el animal solo le obedecía a ella, y eso lo hacía aún más divertido.

—En el principio, antes del alba del tiempo, antes de que las estrellas danzaran en el cielo, existía el Vasto Infinito, el Uno sin

nombre, el Espíritu primordial, el Silencio eterno. No había muerte ni inmortalidad entonces. Ningún signo distinguía la noche del día. Uno solo respiraba sin aliento por su propio poder. Más allá de eso, nada existía.

La voz de Izra cantaba enérgicamente el himno de la creación del mundo, la abrumada chica le llamó a sentarse a su lado antes de que el cántico se contagiara entre la tropa y tuviera que aguantar una horda de cantores sin sentido musical.

—Han pasado ya cinco años desde tu profecía y tus palabras en mí no se han cumplido —le recordó, sintiéndose orgullosa de aquella declaración—. Deberías aceptar que te equivocaste al pensar que la profecía se refería a mí o que te equivocaste al pensar que podías leer la voluntad de los dioses entre tus piedras de colores.

—¿O sea que me equivoque o me equivoque? ¿No hay de otra? —preguntó risueño. Y Adaní solo se preguntó si se reía por estar tan seguro de sus dioses o si simplemente le era tan divertido hablar con ella—. Sairtre, aún eres muy joven, tienes mucho que aprender.

De esta forma, él tomó, fue quien ahora se alejó e ignoró de alguna forma, dejándola sin oportunidad de responderle. Sus palabras siempre terminaban por sacarla de quicio; si no se trataba de sus rebuscadas profecías, decía cosas sin sentido como esa. “No me llevas más de dos años, Izra”, terminó por pensar.

“Traerás al mundo a aquel favorito de los dioses, quien arrase con todo como la fuerza de los vientos del norte y la establezca los cimientos de la tierra, a aquel que brillará más que la luz del día y pueda mover al pueblo de Sourza, incluso más que la luna a las mareas”.

Aun pareciéndole ridículas, las palabras de Izra consiguieron quitarle el sueño. Pensar que en su tribu no había nacido ni un solo niño bebé en años, solo le hacía despreciar aún más esas palabras.

El favorito de los dioses, nacido entre un pueblo abandonado por los mismos. Traído al mundo por aquella quien menos confiaba en ellos. Concebido para salvar a todos y ser quien lleve la batuta del reino hacia el mañana. No, nada cuadraba en su cabeza.

Pasada la medianoche, con todos dormidos, se alejó lo suficiente del campamento como para tomar un respiro e intentar sacar de su mente las palabras del sacerdote. Un galope suave se escuchó entonces entre la maleza. Tomando el mango de su espada, se asomó con sigilo, esperó algún ataque. Su curiosidad aumentó enseguida al ver a una mujer morena, de cabellos largos, herida, sola sobre un caballo tan pálido que parecía pintarse rojo con la sangre de su jinete.

Cautelosa, se acercó para intentar auxiliarla, pero la mujer, no dejándola siquiera preguntar lo sucedido, se apoyó en ella para bajar del caballo. Sin decir nada, posó la mano de Adaní sobre su vientre expandido de meses, el mismo palpitaba fuertemente, la madre se apoyaba una vez más en ella para acostarse, el bebé que esperaba estaba a punto de nacer.

El luchar en la guerra y encontrarse a soldados desangrando no le habían preparado para ensangrentarse las manos y atender un parto. Parecía que el propio bosque enmudecía ante los gritos desgarradores de la mujer, cuya herida en el pecho terminaba de abrirse mientras expulsaba al nuevo ser.

Lo poco de vida que la mujer tenía, se volvió parte del fruto de su vientre. El llanto de la madre ahora se convertía en el del hijo. Y

mientras Adaní intentaba proteger a la criatura del agresivo clima, un sudor frío llenó su cuerpo al observar a la madre dejar a su hijo con un susurro

—Gracias por traerlo al mundo.

Gotas frías, charcos, barro y olor a tierra mojada. Adaní llegó al campamento al mismo tiempo que el primer rayo de sol, al mismo tiempo que la lluvia matutina del bosque. Con un niño recién nacido, de una madre recién fallecida, en una noche recién terminada y que no terminaba de asimilar.

“Traerás al mundo al favorito de los dioses”, “Será bendecido por la noche, la luna grande y llena, y escoltado por el sol del amanecer.”

El niño nació junto a un caballo blanco, con la luna de frente y entre la soledad del bosque. Todas las palabras de la profecía se alborotaban en su cabeza, mareándola al punto de no sentir nada de fuerza.

Antes de desmayar, le recibió uno de sus hombres, el segundo al mando y aquel en quien más confiaba. Entre pesados suspiros, intentó reponer su postura y se atrevió a ordenar:

—Xeos, dile a Izra que prepare los ungüentos, necesitamos hacer un ritual.

# **Iván Arózqueta**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

# No me importa que te importe el humo del cigarro

*“No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia”.*

*1 Corintios 7:5*

David entró al bar café, pidió un americano y se sentó en una mesa al fondo. Bastante azúcar, agregó, es un momento amargo, susurró. Se recargó en el asiento con la espalda encorvada. Su saco estaba arrugado. Una ligera barba mañanera se asomaba por encima del maquillaje blanco. Al poco tiempo entró una mujer delgada, de piernas largas. Usaba zapatos negros con tacones altos y su falda por encima de las rodillas. Sus pasos hacían mucho ruido en cada pisada. Con un brazo sostenía una bolsa grande de cuero. Miró en varias direcciones hasta que, a través de sus lentes oscuros, encontró al payaso en un rincón. En cuanto la vio pensó que al café le sobraba azúcar.

¿Podría por favor calentarme este café, señorita? ¿Agregarle un poco más de café y más agua?, por favor. La mesera recogió la taza con delicadeza y cuando la señorita se acercó se saludaron con una sonrisa amistosa, como de viejas amigas. ¿Jugo de naranja, Srta. Valeria?, preguntó la mesera. Muchas gracias, Gris, dijo acomodándose la falda y colocando su trasero en el asiento, ¿Por qué no contestas el teléfono? preguntó ella acomodándose en el sillón. Ni siquiera estaba segura si vendrías. Sabes cuánto me enfada que no me confirmen las citas. Rezongó.

David encogió los hombros, sacó un encendedor. ¿Cómo iba a faltar a mi divorcio? Dijo. Tragó saliva, encendió un cigarro. No puede fumar aquí caballero, dijo la mesera desde la barra. El payaso la observó con gesto confuso. Sonreía, pero su maquillaje era el de un payaso triste. ¿Solo esta vez? Dijo él. Gris comenzó a reír. Era algo que no podía evitar ante ese comensal. Supongo que no pasa nada si fuma, Sr. David. El gerente no está en la ciudad. No veo por qué no podría hacerlo. Dijo ella quitándose el mandil en un gesto de relajación. Ande, fume, a mí no me importa, ¿a quién le importa de verdad el humo del cigarro? Dijo equilibrando el café caliente y el jugo de naranja. Aquí tiene señora Valeria. La señora Valeria no le miró, se limitó a decir gracias. La tensión era perceptible. ¿Se le ofrece algo más, caballero?, preguntó Gris. Gracias chula, respondió David. ¿Usted, Srta. Valeria? preguntó con las manos cruzadas, preparando su comanda mental. Por el momento yo estoy bien, dijo tomando un pequeño sorbo de jugo, haciéndose de una servilleta para palmearse la comisura de sus labios. David sonrió y Gris asintió. Estoy para servirles. Si no les molesta estaré allá un momento. Dijo señalando afuera del restaurant, tras el cristal grande, en el balcón donde un muchacho delgado esperaba impaciente. Ambos agradecieron, autorizando la oportuna ausencia de Gris, brindándose así, una privacidad urgente.

En lo que a la repartición concierne te puedes quedar con el perro. Ya te dije, no estoy para cuidar mascotas. Apenas puedo conmigo, Val. Además, tú lo pediste, ¿recuerdas? Eras tú quien lo quería pese a mi rechazo hacia los perros de raza pequeña. Fumó. A ti se te ocurrió su nombre.

Valeria rio, su frente su puso roja, la vena de su sien sobresaltó. Aquí vamos de nuevo. ¿Cómo te explico que no solo se trata del perro? Date cuenta de lo que dices. Tienes un hijo, ¿entiendes eso? Yo sé que no lo entiendes, por eso llegamos a este punto. ¿Hace falta decirlo? aunque a él sí le pusiste nombre, de tu padre por cierto, cosa que me preocuparía de no ser porque es, para tu desgracia, más parecido a mí de lo que tu ego habría deseado. ¿O qué?, ¿tampoco lo pediste? Dime, hombre, ten tantito carácter para sobrellevar lo que estamos haciendo aquí. Además, ¿qué tan chusca se puede volver la situación para que, aun en la firma de documentos, decidieras venir con cara de payaso? Nunca dejaste tu trabajo a un lado. Lo digo en serio, ni siquiera por mí te lo digo, pero por el amor que alguna vez te tuve siento la responsabilidad de decirte esto: todo hombre que se lleva el trabajo a casa, a los asuntos familiares, a las salidas con amigos, tarde o temprano termina solo. Se lamió los dientes, tomó un poco de jugó, se acomodó el tirante del vestido.

El café bar era para ellos. Su conversación ocupaba el eco que botaba entre las mesas. Los únicos testigos eran unos peces betta a unos de metros de ellos. David los observaba. Por momentos quería decir algo. Valeria volteó hacia la misma dirección, esperó encontrar a una persona, a la mesera o un comensal avvicinándose, pero solo se trataba de peces en una pecera grande, orbitando dentro de agua azulada.

¿Qué pasará con la casa de campo? Tu afición por el *bauhaus* hace un contraste terrible con la arquitectura sureña, igual que el coche. Y sí, ya sé que está a mi nombre, pero eso lo decidiste tú, no es para que lo olvides. Incluso cuando pedí repetidamente que fuese rojo, te empecinaste en comprar el negro. Lo que significa que

guarda más tu personalidad que la mía. ¿De qué me sirve un carro que no se siente mío? ¿De qué me sirve una casa que se construyó a base de tu capricho? Por eso nosotras debemos decidir estas cosas, porque los hombres tienen la manía de irse en cualquier momento. Se les da bien el abandono. Iba tomar jugo, pero se detuvo. Debí anteponerme ante esos caprichos, pero no esperaba esto. No esperaba que fueras tan cobarde.

David interrumpió. El *bauhaus* también te gustaba. El carro lo puedes pintar cuando quieras, mujer, se trataba de lucir sofisticados. Dijo con la taza suspendida.

No sé si sofisticados sea la mejor palabra para sustituir aburridos. Lo cierto es que soltera, estoy más cerca de parecer una maestra de piano lesbiana, con TOC, amante del bondage sadomasoquista, que una bailarina de tango. Además, atribuirle sofisticación a un payaso es bastante penoso.

La mujer hizo una pausa, respiró profundo, su párpado tembló. Se masajó con movimientos circulares. David la miró un instante, después siguió con los peces. Se tocó el dedo anular, el movimiento fluctuante de los animales lo tenían hipnotizado.

¿Es que nunca viste un puto pez antes?, preguntó Valeria.

El payaso sacó de su saco negro un encendedor plateado. Luego de dos intentos, logró hacerse de fuego. Dejó el cigarro colgado entre sus labios. Miró su dedo anular otra vez, como si fuera algo desconocido. No es natural permanecer juntos durante mucho tiempo. Se sabe que los bettas se matan entre sí. Agregó. Me resulta cómico que dos criaturas de la misma especie no puedan convivir juntas en un mismo hábitat. Repuso. Dejó salir un humo espeso por el clima y la poca ventilación que había en el lugar. ¿Sabes qué me

causa más risa? Agregó David. Que si dos son imposibles, tres son un verdadero idilio. Te aseguro, Val, no hay pecera en el mundo capaz de sostener a tres peces bettas en el mundo.

Pero tú no eres un betta, cabrón. Eres más parecido a un pez payaso. Repuso con firmeza, haciendo ademanes para dispersar el humo. A mí sí me importa el humo del cigarro. Dijo, miró por la ventana a Gris, sacaba una cajetilla de cigarros, riéndose con su acompañante. El chico delgado la tomó de la cintura, la llevó hacia su cuerpo. La mesera prendió un cigarro mientras reía desvergonzada, olvidando por un instante su labor.

El payaso sonrió, luego miró los papeles. Sus ojos se movían lento. Dio una calada grande y sus ojos se irritaron. No me importa que te importe el humo del cigarro. Te puedes quedar con todo lo que dices. Tomó un sorbo de café, frunció los labios, miró el reloj. El perro me da igual.

Valeria se mantuvo inmóvil. Estupefacta, esperando a que agregara algo que amortiguara sus palabras. El viento corría afuera del café bar, movió sutilmente la falda de la mesera. El chico apretó sus tetas. Valeria miró los pechos de la joven siendo mallugados.

El servicio es pésimo, dijo él, pero el café es sorprendente. Convidó, dejando una mancha roja en la taza blanca. En ese momento Valeria se levantó al baño. El llanto le acompañó junto con los tacones que marcaron el sonido de un andar tosco. Encendió otro cigarro. Su atención la tenía el movimiento de los bettas. Revolvió su café con más azúcar. Observó su dedo anular de nuevo. En ese momento sintió el fin. No se trataba de ninguna postergación juvenil. Los años hicieron que su madurez develara un repudio que se

germinó bajo sus sábanas las noches que durmieron sin hacer las paces.

El silencio les ganó el paso, se volvió el azúcar del café diario, el ingrediente perfecto para que se pudiese contar una historia del tipo: un payaso se mete a una cafetería, trae consigo una pluma y su mujer tiene consigo los papeles de divorcio. A él no le importa separarse, aunque en el fondo siente amarla. A ella le da vergüenza que la vean con un tipo maquillado de payaso. En el baño, mientras seca sus lágrimas piensa, el trabajo se debe quedar en el trabajo y él no va cambiar. Las mujeres requieren atención. El tipo piensa, quizá si me hubiese cambiado antes de venir aquí las cosas serían distintas. Ella saca un labial de su bolso. Se pasa una línea gruesa en el labio inferior. Él dice, el trabajo es indispensable, se tienen que cubrir gastos. Ella piensa, a veces no sé por qué le va tan bien, si para ser payaso, nunca me hizo gracia. Él pensó, es amargada como un limón, pero me gusta cuando se enoja, porque la nariz se le pone roja. A veces pienso que se ve igual de payasa que yo. Me preocupa que fume tanto, piensa ella, pero ya es su problema. Las cajas advierten disfunción eréctil. Yo me cansé de repetirlo. Después de todo, no me arrepiento de haberme casado con ella, pensó. Quisiera que fuera la mujer más hermosa por el simple hecho de haberla hecho mi esposa, pero lo cierto es que su belleza es innegable. Es el fin, dijo para sus adentros ella. Ni siquiera le interesa que me quede con el niño. Mi niño se queda con una puta, cuando crezca, no pido más que comprensión, dijo él. Se sabe que el cigarro descompone la verga y los matrimonios, dijo ella agregando rubor a sus mejillas. Si no se hubiese metido con su pareja de baile, pensó encendiendo otro cigarro, me seguiría gustando el tango.

Ella volvió a la mesa, estaba más relajada. Luces bien, dijo. No vale mucho que lo diga, pero siempre he tenido la idea de que te ves hermosa recién terminada de llorar.

Los ojos de Val engrandecieron, su frente se puso roja. Es como si justificaras todas las veces que lloré por tu culpa. ¿Insinúas que mis ángulos más bellos se deben a las veces que me has hecho sufrir? Dejó caer un aliento largo. No eres tan mal payaso, después de todo. No esperes más y firma.

El payaso apagó el cigarro y agregó. Quiero pedirte un favor, antes de firmar. Uno pequeño, si no es mucha molestia. Te pido que me regales un recuerdo. Siempre has traído recuerdos en tu bolsa. Pienso que tal vez traes uno. Creo saber qué tipo de recuerdo guardas en tu bolsa. Es cierto, nos estamos divorciando, pero no quita que te conozco. Su mirada se clavó en la de ella, se rascó la nariz, se acomodó el guante y bebió un trago de café. ¿Qué te cuesta, mala?, dijo con un tono más bajo. Ella se quedó pensando. Por su cara escurría un sudor provocado por los nervios. Puede que sí traiga uno. Respondió. Miró su bolsa para cerciorarse. Pero no sé si sea indicado mostrártelo.

El payaso se animó, ella pudo verlo a través del maquillaje. Vamos, cariño, ¿cuál es? ¿Es el recuerdo verdad? No puede ser otro. Valeria sonrió. Pero no se vale tocarlo, David. ¿Lo entiendes? Puedes verlo, pero te prohíbo tocarlo. Hace mucho que no te toco, mujer, anda, muéstramelo.

Valeria sacó un recuerdo brillante del bolso. Lo puso sobre la mesa con mucha delicadeza. David arrimó la taza de café para hacer espacio y se acercó con cuidado. Ella lo recordó por la mañana, en la

cocina al preparar el café. Y aunque quiso ignorarlo, sintió una especie de inquietud que le hizo llevarlo al encuentro.

Ambos lo vieron. Es... dijo él. Ella asintió con la cabeza. Sus ojos lagrimearon. Él se levantó de la mesa y enseguida volvió a sentarse. Puso sus manos sobre la mesa y estiró el cuello para verlo mejor. Es el mismo, no cabe duda, pero lo recuerdo distinto. Estiró el brazo y firmó en el aire.

La mesera se acercó con los labios un tanto embarrados de pintura. No quise importunarlos, se excusó. Pero enseguida les traigo su cuenta. David tomó su pluma y firmó. Esta vez en el papel. Su firma no era grande, pero el trazo sonó tan fuerte como un cuchillo tallando madera. Ha sido todo, Val, nada nos une ahora.

Val asintió, tragó saliva, tomó los papeles y metió el recuerdo a su bolsa. Cuando se levantó, la correa se enredó en la silla. El recuerdo cayó en el piso. Ella se puso de rodillas a recogerlo con desesperación. Trató de unir las partes. Pidió su ayuda, pero David se limitó a mirarla. La mesera regresó con la cuenta y al ver el desastre sobre el piso, corrió por una escoba y un recogedor.

Valeria se acomodó los cabellos detrás de sus orejas, el llanto se mezcló con el recuerdo disperso. Alzó su pie para que ella recogiera un detalle que parecía no importarle en absoluto. En su lugar prendió otro cigarro ansioso del humo, pensando con qué jabón borraría los gestos que se pintó al despertar aquella mañana. Pensó en cambiar de trabajo. Incluso pasó por su mente hacerse de una pecera o adoptar un perro cuya raza fuera de su agrado.

# **Carlos Iván Laparra Vázquez**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

## **Sin Rocío**

Piénsalo. Todos dejan de bailar. La música se detiene. Frente a ti, una hermosa mujer te mira con total decepción. Recién llegabas. Alguna culpa te acecha. Te disculpas, primero ante ella, luego ante los otros. Sueltas sus manos y sales corriendo de aquel gentío familiar, escuchas las condenas que se sueltan de boca a boca ante el ropaje que según no va acorde a ti. Quisquillosos alaridos dejan en su paso la creciente ansiedad que se oculta en la siempre faltante que llevas contigo.

Minutos después, la música vuelve avivarse. Para entonces ya estás lejos. Tu respiración se precipita sobre la banqueta de una calle oscura. Agachas la mirada, enfrentas el bordado de colores que llevas puesto. Una gabardina tupida a mano con hilos entrelazados como el arte de las arañas en los hogares abandonados, una vestimenta hacía que tus sentimientos se alejasen de la idea de amar como se debe de amar a la bella de Rocío.

De la nada, el triste remordimiento de no poder bailar con esa hermosa mujer, de no poder calmar la idea de ti sin Rocío; un dolor que se siente al notar que sus deseos, o las de ellos, o quizá solo los suyos, ya no tienen cabida de llevar tu nombre; ideas absurdas de un antes y después, amenaza la creencia de ya no actuar como se debería de actuar. Cambiaste, pero no en el momento que decidiste salir de casa y enfrentar la posibilidad de romperle el corazón a una Rocío..., de eso no hay duda. Solo querías verla feliz en la fiesta del año. La tan esperada concesión de los feligreses que tienen nombres de tíos, primos y hermanos. La glorificación pactada ante la imagen

de una mujer única, la que sostiene sobre sus manos la cabeza de un hijo muerto. Santa Catarina hecha en yeso, la mujer que se mantiene en la lucha de aquellos que olvidan del nombre del Dios eterno; la santa, la bendita, la que intercede en las mentes perdidas y custodia el consuelo de los pecadores. Es la fiesta de ella, la de la virgen del pueblo, una fiesta importante para Rocío. Pobre de Rocío.

Pobre mujer aquella. La que se esmeró en escoger la muda perfecta para bailar con el hombre ideal. El de los colores grises. El que se supone llevar la vestimenta teñida de la tradición. Esa hombría que se engancha en una innata voluntad. La nuestra. La de ellos. En tiempos donde el silencio se creía justo. Tiempos en donde los bordados solo cubrían el regazo de la virgen pura.

Rocío. Pobre de Rocío. La linda de Rocío. Qué pensará de ti al mostrarte tan diferente. Qué será si se corrompe la mujer sumida en virgen. Qué si ya no te amase tal cual. Piénsalo, por favor, la simple idea te horroriza. Sucumbes ante cualquier espasmo que se relacione a la decisión de cubrirte la piel con el glamur de tus deseos.

Imagina acostar aquel cuerpo rechazado sobre el frío asfalto de una noche reveladora. Escucha esos lamentos, ese rostro que se cubre de un cielo que no promete espacio para ninguna estrella. Pero a la vez, piensa en ese hermoso esmalte amarillento que se combina con la tez de tu piel morena. Rocío puede quedarse atrás por un momento. Su perfume, su cuerpo, el estallar de sus risas y la pasión de sus besos. Rocío se tornará diferente, se volverá de pronto la imagen sobre el altar en que te enseñaron a rezar. La eterna búsqueda de una virgen que no se halla en las oraciones que se repiten noche tras noche.

¿Cuáles serán las palabras que vendrán a tu mente cuando escuches decir “qué será de José, qué será de él sin una Rocío”?

# **Steve Francisco Hernández Gómez**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

# El relato del último

*Él* entró a la habitación. Luces posaban en rincones apenas encendidos del estudio, libros y hojas rebosantes de escritura se estremecían por los muros al azote de las puertas. Colocó en el escritorio su última compra como «autor anónimo»: una caja metálica cuyos botones de luces indistintas y un casco que brotaba en una larga hilera del costado eran su único adorno. Leyó, en el cartón azorado por los golpes del envío, letras estampadas con carácter invasivo:

MANUAL DE USUARIO PAM-61  
(PRODUCTO DE ALTERACIÓN DE MEMORIA)

Paso 1: Coloque el casquillo en la frente del usuario y escanee su mentalidad original/definitiva.

Paso 2: Presione el botón azul para establecerla.

Paso 3: Si desea generar una mentalidad secundaria, presione el botón verde.

Paso 4: De ser necesario, restablezca la mentalidad original/definitiva presionando el botón rojo.

Recuerde utilizar PAM-61 con precaución. Asegúrese siempre de obtener el consentimiento adecuado del usuario antes...

Con el cubo acartonado, tenso entre sus manos, repitió la lectura de los pasos, del uno al cuatro, del cuatro al uno, del segundo al tres y del tercero al segundo, hasta conocer perfectamente el funcionamiento del artefacto. Pensó entonces que la única cuestión era: saber.

*Él* carecía de relaciones públicas, más era mezquino, como bien pactaba la imagen mítica del escritor solitario de la época. Tampoco pertenecía al grupo de intelectuales de su siglo; jamás lo invitaban a sus reuniones en cafés ni él se interesaba por ellas. Aunque, a su

criterio, publicadas y elogiadas ya sus obras, accediendo a la ruda peña de la universalidad literaria, sería incluso el guía de esos venerables sabios. Sin embargo, para que aquello fuera posible, la única cuestión era saber, saber si valía o no para ese mundo.

Sobre este principio nació en *Él* la idea de ser por otros evaluado. Al ejercer el rol de ser su propio crítico, acababa siempre por alabar o justificar sus obras, profundizaba en ellas con una desmesurada gracia filosófica. Lo necesario era que algún otro hiciera la crítica, pero no poseía amigos y aún de haberlos tenido serían influenciados empáticamente a no destrozarle. La empresa requería la sensibilidad y el conocimiento adecuados, debía hallar a alguno, no a cualquiera pues nadie en el mundo poseía tales habilidades, sólo él... Recordó el anuncio del último modelo PAM-61 y pensó “si puedo alterar mi memoria por un momento, hacer la crítica y restaurarla otra vez, por fin sabré y desde ese punto mi vida trazará más que papeles e historias inconclusas”. Una locura, pero la única cuestión, la única que podía haber para *Él*, era saber.

Con la PAM-61 ya en su estudio, elaboró un minucioso protocolo para la ejecución del mecanismo: colocó sus mejores obras sobre el escritorio, a lado una pluma y una hoja con el título «Agregue su crítica aquí», escribió en otra encarecidamente «No ignore el botón, aún si todo o nada pasa por el tiempo y el espacio, no ignore el botón», aseguró todo con cinta masking del mercado. Tomó el casquillo, escaneó su mente, capturando todo lo que *él* sabía sobre sí, presionó al futuro de esa marca roja.

*Otro* llegó a la habitación. Siguió, al margen de los muros, los rincones literarios que le rodeaban. Pronto captó su atención el pilar

de hojas colocadas en medio del salón. Separó del modelo rústico una de ellas y liberó al aire las palabras:

#### EL POBRE

Abatido por la pobreza, ponía agua al aceite para que le rindiera más.

Vellos olearon por sus brazos hasta la mitad de las cejas, corrugadas al filo entre la risa y la vergüenza. Levantó la pluma, en el papel del costado crítico, escribió: «Esta es la chingadera más horrible que he leído en toda mi existencia. De ser yo un líder monárquico, dudaría poco en incitar una redada contra aquél que se dignó a escribir tal injuria a la razón humana».

A su lado, el manual de usuario, acompañado del aviso del tercer botón, ofrecieron una opción satisfactoria. Pensó que retornar la mente o arribar a una nueva haría que jamás volviera a sufrir con otro relato semejante. Decidido presionó el botón.

Él volvió al estudio. Al tomar la crítica, duró poco en sus manos el papel, arrojado en un fruncido proyectil al fin del cesto. «¡Sabe poco de arte este imbécil, inverosímil, no es más que eso!». Ordenó todo con menor cuidado y reactivó el mecanismo.

*Uno más* apareció. No notó los papeles ni los trazos sino hasta concluir su andar de pasos ciegos y estrechos en la sala. Decidió su instinto, una de título y sazón ligeras:

#### EL ATROPELLO

«¡Ah!».

«¿Qué carajos acabo de leer?», dijo, quemado con los ojos la página, fusilado el papel con cosas indebidas. Del manual y la hoja adjunta con cinta en el botón, vio la misma dirección de *Otro*. Presionó y *Él* regresó al estudio.

El cuerpo sin excepción mínima se desconcertó al leer. Rompió el papel, tan frágil como el ego. Exclamó en palabras encendidas:

«¡Maldita máquina!, basa sus formas en calibres raros, incapaces de entender la virtud literaria de cualquiera». Otorgó una oportunidad más, quién sabe si a sí mismo o a las capacidades algorítmicas de la máquina.

Los confines literarios ampararon a *El último*. Éste, examinó con la claridad de una vida en principio, lo que conformaba el pequeño mundo de su predecesor. Guiado por sus trazos, conoció el arte que le consagraba: sus aspiraciones, a veces burdas, otras épicas y de pretensiones formales revolucionarias. Hojas breves transitaban por sus manos, más indigna la nueva que la anterior. La última, “El «más sin embargo» racional”, fulminó sus bajas apreciaciones.

#### EL «MAS SIN EMBARGO» RACIONAL

«Gracias al abogado nos devolvieron la casa por fin, tarde, más sin embargo».

Con igual interés absorbió lo demás del cuarto, desde las frases primitivas de caligrafía veloz, hasta el aviso persuasivo sobre el tercer botón. Guio, casi por el encarecimiento del primero, su índice a segundos del reinicio, no obstante, se detuvo antes para meditar sobre la senda por *Él* otorgada en principio. Si la primera mentalidad había consumado tales aberraciones sin florecer ninguna, entonces ¿de qué servía saber más del cuarto o de sus paredes o de sus relatos o de la vida que *Él* había previsto? La cuestión era inútil. Concluyó entonces apagar las luces, dejar el estudio con los libros y las hojas rebosantes de escritura a merced del polvo y el olvido.

Afuera, el futuro colmó de ciencias la razón de *El último*. Cultivó lo exacto del mundo en disciplinas y donó su alma a los salones de escala numérica, con los contribuyentes de instituto ofertándole atención mientras anotaba en las pizarras, con mecánica costumbre, fórmulas y problemas didácticos de un programa.

En sus años finales, del estudio abrió las puertas. Examinó el fruto del antiguo *Él*, leyó a través de las hojas los afanes del primero, en el espacio restante de alguna, escribió:

«Tomo la regla, comienzo un análisis pitagórico de cada triángulo existente.

Sobre el papel, retomo míticas lecciones. Aplico fórmulas, sumo, resto, divido...

Me doy cuenta:

El papel es sólo una cifra de mi cuerpo  
desperdiciada».

# **Lis Mar**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

## Desayuno en la cama

No acostumbro abrir las ventanas, pero esta mañana es especial, el viento gentil del verano entretiene las cortinas. Un cubo de mantequilla se desliza por el sartén, un aroma a *hotcakes* y café se propaga por la casa. En una charola aguardan un poema y flores recién cortadas, ¿la ocasión? Nuestro primer año juntos.

El secreto para unos *hotcakes* esponjositos está en batir las claras a punto de turrón y agregar a la mezcla una pizca de polvo para hornear. A ella le gustan así, gorditos y esponjocitos. Debo confesar que algún tiempo dudé que lo nuestro fuera posible.

Al oír sobre la mudanza, me afligió la idea de perderla, de que nuestros caminos se cruzaran sólo para separarse, de que una vez más, la felicidad escapara de mi alcance, pero ¿no construimos nuestro destino en esta vida breve?, ¿no es la certeza del futuro la que invita a aprovechar la ocasión del presente?

Las otras chicas, son tan molestas “¿Cómo estás niño?” a cada rato “¿Qué haces?” Ella siempre fue diferente, nunca buscó mi atención, aun ahora, por las mañanas, casi pareciera indiferente... ideas mías, nos amamos, reímos, viajamos -según el color de la píldora que elija para ambos-. ¿Nuestras diferencias?, nada de qué inquietarse, bastan unas gazas y un poco de mertiolate.

¿Saben?, cuando era más joven, dejaba que lo prohibido sucediera en mi cabeza, me convencía de que era preferible a que no sucediera en lo absoluto. Esa noche decidí dejar de conformarme con fantasías, con observarla de lejos deshacer su cigarrillo, bajo aquella

luz tenue. Nada bueno pasó nunca en mi vida y comprendí que nada cambiaría si no hacia a algo.

Fue así, sabiéndome incapaz de vivir sin ella, eché también en mi mochila un frasco con un paño húmedo y una bolsa negra.

Todo está listo, ¿dónde están las llaves?, las guardo en la suela despegada de un viejo zapato. Conecto las bocinas, los vecinos ya escuchan nuestra canción, la de esa noche, con la que, para despedirme, después de rendirme con una carta, por primera vez, escribí un poema.

Desde entonces, escribo diligentemente, como prueba, una placa dorada con mi nombre grabado, aun no la cuelgo y es que no es la razón por la que lo hago.

Charola en mano, llego hasta su puerta, la llave gira, el cerrojo camina, nuestra relación no es perfecta, toma tiempo ajustarse, si lo pienso, es lo mejor de ella, me hace encontrar partes de mí que ni siquiera sabía que estaba buscando.

# Minería mental

–¿Que describa el lugar?... hacía frío, es lo que más recuerdo. No podía ver mucho por la luz intensa, casi cegadora sobre mi cara. Tampoco podía moverme demasiado, pero un par de veces logré girar mi cabeza, pude distinguir sus siluetas. Oía balbuceos... ¿su lenguaje? Me encontraba aturdida, como medicada; mi cabeza...no diría que dolía, era más bien como si algo hubiera...

Reparo en que llevo un rato con la mirada perdida, la reportera me observa inmóvil, luego me hace otra pregunta.

–¿Cuándo?, ocurrió el día de la fiesta familiar. Iba tarde y el último camión al pueblo de mi madre dejaba la terminal sin lugares disponibles. Tras súplicas, conseguí abordar y me acomodé junto a la puerta.

»No conocía bien el camino de noche, me asomaba a ratos por la ventana pero el paisaje era el mismo, monte alto y espeso a los lados, a lo lejos, luces de alguna colonia. El cansancio de mi turno extra me venció por unos segundos, talvez minutos, cuando me percaté, mi parada había quedado atrás.

» Caminé de regreso por la canaleta a orilla de la carretera, me golpeaba el viento de los carros, reinaba el sonido de las chicharras. Cada vez más cerca, el ladrido insistente de los perros, pero la vegetación no dejaba ver nada.

» En algún punto, sentí como una vibración y perdí el control de mi cuerpo, dejé la carretera y comencé a internarme en el monte; la vibración se detuvo y yo estaba desorientada, conforme me reincorporaba, buscaba la carretera cuando mis pies chocaron con

un bulto, me agaché, parecía un animal en la oscuridad. Al levantar la mirada, lo tenía frente a mí, sé que vi su cara, sólo que, por alguna razón no puedo recordarla, pero él...eso, puso su mano en mi frente. Cuando desperté estaba en aquel sitio frío.

Paso entre mis dedos el objeto metálico que tengo bajo la mesa mientras escucho la siguiente pregunta. Sobre la mesa hay dos tazas de té y dos servilletas.

–¿Cómo llegué a su planeta? Me temo que no lo sé, ni como regresé; cuando me encontraron tirada cerca de la carretera, no fui capaz de poner en palabras lo ocurrido; cuando pude, luego de un par de días, asumieron que me había golpeado la cabeza; el doctor me envió con una psiquiatra, ella me trató por un tiempo, luego me envió aquí.

La reportera no ha tocado su taza, la bufanda se ve tan bien en su cuello delgado, aunque su cabello blanco se ve reseco y alborotado. Me hace otra pregunta.

–No recuerdo qué sucedió allá, solo recuerdo que pasaban escenas en mi mente, especialmente una: el brillo de la arena húmeda, mi antigua pelota de colores, la espuma de las olas sobre el pequeño cuerpo inmóvil de mi hermana...eran mis memorias, como si buscaran algo en ellas; por ratos me agotaba y perdía la conciencia. Creo que cualquiera que haya sido el interés de esas criaturas, tenía algo que ver con eso.

Paso ansiosamente mi pulgar sobre los dientes de la llave que ahora tengo en el bolsillo, pero ella no debe darse cuenta, podría decírselo a Anita, la han buscado por días. La reportera reformula la pregunta que no respondí antes.

–De verdad, no puedo, ¿cree que no lo intento?, ¿que no paso cada día intentándolo...intentando recobrar mi vida? Pero es como tratar de ampliar una imagen borrosa. Perdón, pero no hay nada claro, ni siquiera para mí.

Pronto, el timbre suena, Anita se acerca, el receso terminó. Pregunta con quién habló esta vez, ella le cuenta sobre la famosa reportera, Anita sonríe disimuladamente mientras asiente, luego le entrega la bufanda y arrastra un artículo de jarcería hasta el cuarto de limpieza.

–De quién crees que te burlas —dice la paciente mientras arroja su té de jamaica sobre el uniforme blanco de Anita, dos sujetos, también con uniforme, la encierran en su habitación—. ¿Qué importa? —sonríe mientras se acuesta en su cama y saca la llave de su bolsillo.

# **Sergio Omar Pérez Méndez**

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

# Una línea delgada

Ben iba de un lado a otro, de la habitación a la sala, con la mirada al suelo, huía y volvía de la foto de Betty, con quien se peleó dos días atrás. Juguetecía con las llaves, pasándoselas de un dedo a otro, de una mano a otra. Abrió la puerta principal un par de veces, cerrándola casi al instante, para dar otra vuelta, de la sala a la habitación y viceversa. Desbloqueaba el celular sólo para releer el mensaje de Isabel: “Estoy en la ciudad, me gustaría verte, ¿te parece hoy a las nueve en El Refugio?”. Pasó otra vez la mano por su cabello, fue al baño a mojarse la cara, se vio entre las manchas del espejo, observó sus ojeras, sus primeras arrugas, ¿era eso una cana?, se secó la cara, temblaba. Tomó una gran bocanada de aire, se dirigió a la sala por su chaqueta de cuero, fue a la puerta sin darse un segundo para repensar las cosas, abrió y cerró con estruendo, encendió el coche y salió.

A diferencia de lo que podríamos pensar, no fue enseguida a El Refugio al encuentro con Isabel, aún faltaba para la hora acordada, decidió matar el tiempo y el vacío en su estómago con unas vueltas por el centro. La lluvia paró, en su lugar una neblina se alzó por las calles, parecía a punto de nevar, eso creyó, aunque nunca conoció la nieve antes. Se asomó por su ventana abierta, el frío le calmó un poco la calentura.

Conforme su *Civic* recorrió las calles, recordó su pelea con Betty, no fue como las anteriores, reconocía su error, pero era demasiado orgulloso para ir a disculparse; ella tampoco cedería ahora, así que no tenía la seguridad de una reconciliación. Además,

desde esa mañana comenzó a valorar la posibilidad de la separación, tal vez sería la mejor opción para ambos, en dado caso, vería como se desarrollarían las cosas con Isabel. Ella, su amor de juventud, a la que creyó superada mucho tiempo atrás.

Se metió al tráfico de la plazuela, se quejó, pero en su interior sabía que fue a propósito. Justo vio a unas chicas más adelante, pasarían a su lado, se acomodó el cuello de la chaqueta, observó su peinado en el espejo, otros días se veía mejor, pero no estaba mal, “aún tengo carisma” consideró. Les observó las piernas debajo de las faldas, el abultado pecho de la pelirroja, los labios incitantes en el rostro delicado de la morena. Se asomó para mostrarles su sonrisa más encantadora, ellas lo vieron, *de seguro se mostrarían interesadas, entonces les guiñaría el ojo y después...* ya vería. Arrugaron la nariz y desviaron la mirada con desdén. Ben metió la cabeza, no sin antes verles el trasero por el espejo retrovisor, alcanzó a oír sus risas burlonas, se puso rojo, suspiró frustrado, subió el cristal, se acomodó en el asiento, prendió el estéreo: una estación con regional mexicano, reggaetón, clásicos de los ochenta, dejó sonar *Hard to Say i'm sorry* de Chicago.

Dio varias vueltas sin prestar demasiada atención, una voz interrumpió la música *ocho con cincuenta y seis minutos*, miró su reloj para corroborar la hora, quizás su despiste era una señal, El Refugio no estaba lejos, pero con ese tráfico seguro llegaría tarde, bueno, Isabel no era la más puntual, aun así, puso rumbo al lugar. Encontró un espacio cerca para estacionar el *Civic*, golpeó un par de veces el volante al ritmo de Chris Norman, *Here comes the night, here comes...* observó sus ojos en el espejo ¿qué dirían de él?, observó su reloj, las nueve seis, qué rápido.

—Sólo será una cerveza y si no llega —dijo, dándose valor, salió del coche.

Adentro del bar una banda se preparaba para tocar, no le interesó saber quiénes eran. Todo parecía diferente a como lo recordaba, por un momento pensó que no era el mismo lugar. Fue a la barra y pidió una *Bohemia*, “al menos así habrá evidencia de que sí vine” pensó. Con cerveza en mano se paseó por el lugar para reconocer el sitio, ningún rostro conocido, no estaban los murales de Chaplin, los cuadros con los artistas que visitaron alguna vez el recinto, ni las pintas ni los *stickers* en los baños.

No vio a Isabel en ningún lado, “tanto drama para que al final se acobardara, debí suponerlo, mejor me hubiera quedado en casa”, bebió, “bueno, si no viene estaré un rato aquí, tal vez haya algo interesante, una que otra sonrisa traviesa y la noche no habrá sido en vano” se acomodó el cuello de la chaqueta, un mechón de cabello y practicó discretamente en el fondo del bar su sonrisa pícara.

Pasó la vista de un lado a otro, la banda comenzó a tocar, “qué desafinados” se quejó. Dirigió la mirada a las chicas que pasaban a su lado, todas lo ignoraron. Luego del quinto rechazo, se tomó un largo sorbo de cerveza, hizo una mueca de disgusto y pensó “ya es el momento de irse, o tal vez otra cerveza”. Cruzó a la barra, en el camino vio a Isabel, acababa de llegar, se sentó en una mesa separada del resto pero donde se veía bien a la banda, frente a ella había una silla vacía, “ese es mi lugar”.

Él olvidó a lo que iba, la botella vacía tembló en su mano, ella, distraída con la banda, no lo había visto, aún podía marcharse sin llamar su atención. Pero se quedó ahí, observó como Isabel movía la cabeza y los hombros al ritmo de la canción, la gente se agrupó entre

ellos, ya no podía verla bien, poco a poco se acercó, a cada paso la figura de Isabel se hacía esplendorosa. Su mente se aglomeró con recuerdos de su noviazgo, chocó con las personas mientras se abría paso, el corazón le latía al ritmo del rock and roll, llegó por la espalda hasta su lado, tan cerca, levantó la mano para posarla en su hombro, *le sonreiría, ella le miraría y al reconocerlo saltaría para abrazarlo y decirle cuanto lo amaba, cuanto lo extrañaba y que no quería alejarse nunca más.*

Se dio la vuelta antes de tocarla, fue a la barra, sacó un billete y pagó la cerveza, con el puño en la boca esperó por su cambio, fue eterno, estaba por dejarlo así, pero no dejaría ciento cincuenta pesos de propina por una sola cerveza, el cantinero volvió, le entregó una moneda de a diez, dos billetes de a veinte, uno de a cien, no prestó atención, una vez tuvo el cambio completo cerró la mano, se guardó el dinero en la bolsa, quiso apresurarse a la salida, pero giró la mirada “sólo para estar seguro que no me ha visto”, por la providencia tal vez, ella también volteó y sus miradas se cruzaron, él con el rostro desencajado e Isabel con una sonrisa más grande que el propio bar. Se saludaron a la distancia, ella lo llamó para sentarse en su mesa.

Ben no supo si fue a ella al ritmo del Jazz o si iba tambaleándose, pero llegó, no se sentó, se quedó ahí parado, tieso, ambos esperaron, fue Isabel quien se levantó, lo abrazó, le dio un beso en la mejilla y casi le obligó a sentarse, Ben parecía un robot sin engrasar al acomodarse en la silla.

—Pensé que ya no nos veríamos —dijo Isabel con voz dulce, siempre alegre y despreocupada—, ¿llevabas mucho esperándome?

Ben imaginó decir un “sí, pero no importa” sonoro, grave, que demostrara una ecuanimidad propia de los famosos; en realidad sólo movió la cabeza negativamente, tan rápido que parecía más un espasmo que una respuesta. Ella le miró desconcertada. Él vio sus ojos ámbar, a pesar de la cerveza y el tabaco, reconoció su perfume a menta, recordó el sabor a pastel de sus labios, el vacío en su estómago bajó a su entrepierna, parecía un agujero negro a punto de devorar todo.

—Hola —dijo—, sí, digo, no, llegué y fui al baño. Sigues igual.

La chica sonrió con el entrecejo fruncido. Una mesera llegó, encendió una veladora y la colocó en el centro de la mesa, ambos pidieron cervezas. Permanecieron un momento en silencio, mientras Isabel veía los complicados gestos de Ben, no recordaba que fuese tan peculiar, pero esas cosas le atrajeron de él en primer lugar, tenía su encanto pese a todo, por eso aquella tarde en la preparatoria le pidió ser su novio.

—No, estoy más vieja —dijo en broma retomando el tema. En la frase había un dejo de sinceridad tortuosa—. Pero tú, te conservas bastante bien.

—Ojalá, tengo menos cabello y ya no impresiono tanto como antes.

Isabel estalló en una carcajada justo en un intermedio de la banda, las personas voltearon a verlos, pero no le importó. Ben nunca fue lo que se diría un tipo popular entre las mujeres, todo lo contrario de hecho, pero a ella le parecía tierno que lo pensara.

—Ay Benjamín, cada cosa que dices, extrañaba eso. Hay cosas que cambian mucho, como este lugar, ya no es como cuando veníamos.

—Y bien, ¿por qué volviste? —atajó Ben—, ¿te quedarás?

—No —respondió Isabel, rodeaba con el índice la boca de la botella—. Estoy de vacaciones, vine a ver a mis papás, me iré en un par de días.

*Don't answer me* de Alan Parsons llegó al coro, al menos la banda se sabía una buena canción pensó Ben. Recordaron sus momentos cuando fueron pareja, se pusieron al tanto de su vida después de la separación: logros, desventuras; hasta llegar al punto de su vida amorosa actual, para Ben ese era el momento.

—Ahora, ¿sales con alguien?

—Sí, por eso es que vine también.

Bebieron de su cerveza, aquel fue un golpe para Ben.

—¿Te casarás?

Isabel sonrió, pero no era su alegría habitual, sus ojos estaban vidriosos y no se atrevió a mirar a Ben.

—No lo sé —respondió—, ese era el plan, pero llevamos un tiempo viviendo en automático y a decir verdad, creo que el tiempo para que sucediera ya pasó, o al menos para hacerlo sin pensar en lo demás.

*Déjalo, no te cases, quédate aquí, conmigo, comencemos una nueva vida, en algún lugar, cualquiera, como debió ser.* Estaba en la punta de su lengua, pero Ben no se lo dijo.

—¿Y tú? —mencionó Isabel después de un rato, suspirando, como si lo que quisiera escuchar nunca hubiese llegado—. ¿Tienes alguien especial en tu vida?

Ben quiso decirle que no, que ella era la única, pero la imagen de Betty le llegó a la mente.

—Sí —dijo antes de ser consciente de su respuesta, Isabel se inclinó al frente—. Hay una chica, se llama Betty, bueno Beatriz, salimos desde hace algún tiempo.

—¿Y qué tal? ¿es linda?

—Lo es, es maravillosa, a veces me sorprende que me eligiera, de hecho, sé que aún tiene sus pretendientes, muchos son mejores que yo, debo admitirlo. Creo que me he sacado la lotería con ella y eso me asusta.

—No te menosprecies, tú también tienes lo tuyo.

—No, no es eso, es sólo que a veces, creo que ella estaría mejor si termináramos, ella merece algo mejor, algo que no puedo darle, pero aun así sigue conmigo. Betty es una gran chica, siempre atenta, inteligente y muy graciosa, como la otra vez: íbamos caminando y de repente se encuentra un diente de león en la acera, no dudó en arrancarla y soplarla, pero cuando terminó, vio salir una cochinilla del tallo y casi se echa a llorar “me siento mal, le he quitado la sombra” me dijo. No, no es de las personas que necesiten de mucho para ser feliz, y alrededor de ella todo se siente bien, todo es tranquilo, cálido y acogedor.

Isabel sonreía con una mirada romántica.

—Muy diferente a como terminamos ¿no? —dijo, pensó en su novio y se preguntó si tenía la misma sensación con él.

—Es diferente —se apuró Ben—, con nosotros todo parecía emocionante, una aventura cada día, estaba bien, pero cuando llegó el momento en que nos cansamos de eso, no pudimos acoplarnos. Ahora, se siente como ir a la deriva por un río, con algunos rápidos de vez en cuando.

—¿Y bien? ¿qué te impide dar el siguiente paso?

—No lo sé, no estoy seguro de si ella es la indicada, incluso ahora, estamos peleados y tal parece que no hay forma de remediar las cosas.

Isabel se echó para atrás en su asiento, complacida, se estiró como un gato al despertar. Miró su celular, un mensaje de su novio, apagó la pantalla. Eran cuarto para las doce, la noche para ella, al igual que la banda, llegó a su fin.

—Creo que tú mismo has respondido ya a tus dudas —dijo poniéndose en pie. Tomó su bolso—. Espera, debo ir al baño

Se cuidó para que Ben no la viera, llegó a la barra, pagó las cervezas y escribió rápido una nota que entregó a la mesera, señalándole a Ben, ella asintió. Con una última mirada, salió del bar, pidió un taxi y se marchó.

La chica llegó con la nota,

—Se lo envía una señorita, también ya pagó la cuenta, ¿quiere pedir algo más? —le dijo.

Ben negó con la cabeza. Miró el pedazo de papel doblado, tembló en sus manos, quiso vomitar, desdobló la hoja, un garabato escrito con prisa, acercó la veladora, a pesar de la oscuridad y el tiempo, reconoció la letra de Isabel.

“La pasé muy bien hoy, siempre es bueno volverte a ver. No te tardes mucho”.

No entendió el mensaje, ¿era una invitación para pasar juntos la noche? ¿para volver a verse?, ella siempre fue clara en esas cosas, ¿por qué ahora no? Volvió a doblar la nota, la guardó en su bolsillo, entre suspiros vació su botella, con el último sorbo parecía irse la vida. Se marchó sin ver a nadie, y nadie volvió la mirada. Entró al coche, la ciudad estaba gélida, encendió el motor, sacó su celular,

escribió un mensaje para Isabel, *¿Será mejor ir a verla? Tal vez me está esperando.* Se puso en marcha.

Ir a casa de Isabel, a la suya, mandar el mensaje, o esperar a mañana. Llegó frente a su puerta, todo estaba a oscuras, la neblina se arrastraba hasta la entrada, no se detuvo. En cambio, fue a casa de Betty, se estacionó, apagó el motor, pensó mucho en lo que haría, puso primera, el *Civic* se bamboleó al encenderse. Se apoyó en el volante con el puño en la boca, sintió el vacío en su estómago subirle a la garganta, dio arcadas. Se miró al espejo, se arregló la chaqueta, el cabello y dio un lento suspiro para tomar valor.

Esta es una edición digital de:

*Voces que cuentan: antología de escritoras y escritores universitarios*

Reunida y editada por la dirección editorial  
de la Universidad Autónoma de Chiapas,  
como parte del acervo digital del archivo histórico  
de la misma institución.